
ANTONIO
BUERO
VALLEJO
HISTORIA
DE UNA
ESCALERA
Lectulandia

Buero Vallejo ha sabido igualar vida y pensamiento, conducta y prédica. De su lucidez y de su ejemplaridad, de su trabajo, ha surgido el teatro de más altura, tensión y trascendencia de la posguerra española. Como ha sabido demostrar con Historia de una escalera, hito en la recuperación teatral de España.

Antonio Buero Vallejo

Historia de una escalera

Drama en tres actos

ePUB v1.0
pvelazquezf 23.08.12

Titulo original: *Historia de una escalera*
Antonio Buero Vallejo, 1949.

Editor original: pvelazquezf (v1.0)
ePub base v2.0

Porque el hijo deshonra al padre,
la hija se levanta contra la madre,
la nuera contra su suegra:
y los enemigos del hombre
son los de su casa.
(miqueas, cap. VII, vers. 6.)

ACTO PRIMERO

Un tramo de escalera con dos rellanos, en una casa modesta de vecindad. Los escalones de bajada hacia los pisos inferiores se encuentran en el primer término izquierdo. La barandilla que los bordea es muy pobre, con el pasamanos de hierro, y tuerce para correr a lo largo de la escena limitando el primer rellano. Cerca del lateral derecho arranca un tramo completo de unos diez escalones. La barandilla lo separa a su izquierda del hueco de la escalera y a su derecha hay una pared que rompe en ángulo junto al primer peldaño, formando en el primer término derecho un entrante con una sucia ventana lateral. Al final del tramo la barandilla vuelve de nuevo y termina en el lateral izquierdo, limitando el segundo rellano. En el borde de éste, una polvorienta bombilla enrejada pende hacia el hueco de la escalera. En el segundo rellano hay dos puertas: dos laterales y dos centrales. Las distinguiremos, de derecha a izquierda, con los números I, II, III y IV.

El espectador asiste, en este acto y en el siguiente, a la galvanización momentánea de tiempos que han pasado. Los vestidos tienen un vago aire retrospectivo.

(*Nada más levantarse el telón vemos cruzar y subir fatigosamente al* **Cobrador de la luz,** *portando su grasienta cartera. Se detiene unos segundos para respirar y llama después con los nudillos en las cuatro puertas. Vuelve al I, donde le espera ya en el quicio la* **Señora Generosa**: *una pobre mujer de unos cincuenta y cinco años.*)

Cobrador.— La luz. Dos pesetas. (*Le tiende el recibo. La puerta III se abre y aparece* **Paca**, *mujer de unos cincuenta años, gorda y de ademanes desenvueltos. El* **Cobrador** *repite, tendiéndole el recibo.*) La luz. Cuatro diez.

Generosa.—*(Mirando el recibo.*) ¡Dios mío! ¡Cada vez más caro! No sé cómo vamos a poder vivir.

(*Se mete.*)

Paca.— ¡Ya, ya! (*Al* **Cobrador**.) ¿Es que no saben hacer otra cosa que elevar la tarifa? ¡Menuda ladronera es la Compañía! ¡Les debía dar vergüenza chuparnos la sangre de esa manera! (*El* **Cobrador** *se encoge de hombros.*) ¡Y todavía se ríe!

Cobrador.— No me río, señora. (*A* **Elvira**, *que abrió la puerta II.*) Buenos días. La luz. Seis sesenta y cinco.

(**Elvira**, *una linda muchacha vestida de calle, recoge el recibo y se mete.*)

Paca.— Se ríe por dentro. ¡Buenos pájaros son todos ustedes! Esto se arreglaría como dice mi hijo Urbano: tirando a más de cuatro por el hueco de la escalera.

Cobrador.— Mire lo que dice, señora. Y no falte.

Paca.— ¡Cochinos!

Cobrador.— Bueno, ¿me paga o no? Tengo prisa.

Paca.— ¡Ya va, hombre! Se aprovechan de que una no es nadie, que si no…

(*Se mete rezongando.* **Generosa** *sale y paga al* **Cobrador.** *Después cierra la puerta. El* **Cobrador** *aporrea otra vez el IV, que es abierto inmediatamente por* **Doña Asunción**, *señora de luto, delgada y consumida.*)

Cobrador.— La luz. Tres veinte.

Doña Asunción.— (*Cogiendo el recibo.*) Sí, claro… Buenos días. Espere un momento, por favor. Voy adentro…

(Se *mete.* **Paca** *sale refunfuñando, mientras cuenta las monedas.*)

Paca.— ¡Ahí va!

(*Se las da de golpe.*)

Cobrador.— (*Después de contarlas.*) Está bien.

Paca.— ¡Está muy mal! ¡A ver si hay suerte, hombre, al bajar la escalera!

(*Cierra con un portazo.* **Elvira** *sale.*)

Elvira.— Aquí tiene usted. (*Contándole la moneda fraccionaria.*) Cuarenta…, cincuenta…, sesenta… y cinco.

Cobrador.— Está bien.

(Se lleva un *dedo a la gorra y se dirige al IV.*)

Elvira.— (*Hacia dentro.*) ¿No sales, papá?

(*Espera en el quicio.* **Doña Asunción** *vuelve a salir, ensayando sonrisas.*)

Doña Asunción.— ¡Cuánto lo siento! Me va a tener que perdonar. Como me ha cogido después de la compra y mi hijo no está…

(**Don Manuel**, *padre de* **Elvira**, *sale vestido de calle. Los trajes de ambos denotan una posición económica más holgada que la de los demás vecinos.*)

Don Manuel.— (*A* **Doña Asunción**.) Buenos días. (*A su hija.*) Vamos.

Doña Asunción.— ¡Buenos días! ¡Buenos días, Elvirita! ¡No te había visto!

Elvira.— Buenos días, doña Asunción.

Cobrador.— Perdone, señora, pero tengo prisa.

Doña Asunción.— Sí, sí… Le decía que ahora da la casualidad que no puedo… ¿No podría volver luego?

Cobrador.— Mire, señora: no es la primera vez que pasa y…

Doña Asunción.— ¿Qué dice?

Cobrador.— Sí. Todos los meses es la misma historia. ¡Todos! Y yo no puedo venir a otra hora ni pagarlo de mi bolsillo. Conque si no me abona tendré que cortarle el fluido.

Doña Asunción.— ¡Pero si es una casualidad, se lo aseguro! Es que mi hijo no está, y…

Cobrador.— ¡Basta de monsergas! Esto le pasa por querer gastar como una

señora en vez de abonarse a tanto alzado. Tendré que cortarle.

(**Elvira** *habla en voz baja con su padre.*)

Doña Asunción.— (*Casi perdida la compostura.*) ¡No lo haga, por Dios! Yo le prometo…

Cobrador.— Pida a algún vecino…

Don Manuel.— (*Después de atender a lo que le susurra su hija.*) Perdone que intervenga, señora.

(*Cogiéndole el recibo.*)

Doña Asunción.— No, don Manuel. ¡No faltaba más!

Don Manuel.— ¡Si no tiene importancia! Ya me lo devolverá cuando pueda.

Doña Asunción.— Esta misma tarde; de verdad.

Don Manuel.— Sin prisa, sin prisa. (*Al* **Cobrador**.) Aquí tiene.

Cobrador.— Está bien. (*Se lleva la mano a la gorra.*) Buenos días.

(Se *va.*)

Don Manuel.—(*Al* **Cobrador**.) Buenos días.

Doña Asunción.— (*Al* **Cobrador**.) Buenos días. Muchísimas gracias, don Manuel. Esta misma tarde…

Don Manuel.— (*Entregándole el recibo.*) ¿Para qué se va a molestar? No merece la pena. Y Fernando, ¿qué se hace?

(**Elvira** se *acerca y le coge del brazo.*)

Doña Asunción.— En su papelería. Pero no está contento. ¡El sueldo es tan pequeño! Y no es porque sea mi hijo, pero él vale mucho y merece otra cosa. ¡Tiene muchos proyectos! Quiere ser delineante, ingeniero, ¡qué sé yo! Y no hace más que leer y pensar. Siempre tumbado en la cama, pensando en sus proyectos. Y escribe cosas también, y poesías. ¡Más bonitas! Ya le diré que dedique alguna a Elvirita.

Elvira.— (*Turbada.*) Déjelo, señora.

Doña Asunción. — Te lo mereces, hija. (*A* **Don Manuel**.) No es porque esté delante, pero ¡qué preciosísima se ha puesto Elvirita! Es una clavellina. El hombre que se la lleve…

Don Manuel.— Bueno, bueno. No siga, que me la va a malear. Lo dicho, doña Asunción. (Se *quita el sombrero y le da la mano.*) Recuerdos a Fernandito. Buenos días.

Elvira.— Buenos días.

(*Inician la marcha.*)

Doña Asunción.— Buenos días. Y un millón de gracias… Adiós.

(*Cierra.* **Don Manuel** *y su hija empiezan a bajar.* **Elvira** *se para de pronto para besar y abrazar impulsivamente a su padre.*)

Don Manuel.— ¡Déjame, locuela! ¡Me vas a tirar!

Elvira.— ¡Te quiero tanto, papaíto! ¡Eres tan bueno!

Don Manuel.— Deja los mimos, picara. Tonto es lo que soy. Siempre te saldrás con la tuya.

Elvira.— No llames tontería a una buena acción… Ya ves, los pobres nunca tienen un cuarto. ¡Me da una lástima doña Asunción!

Don Manuel.— (*Levantándole la barbilla.*) El tarambana de Fernandito es el que a ti te preocupa.

Elvira.— Papá, no es un tarambana… Si vieras qué bien habla…

Don Manuel.— Un tarambana. Eso sabrá hacer él…, hablar. Pero no tiene donde caerse muerto. Hazme caso, hija; tú te mereces otra cosa.

Elvira.— (*En el rellano ya, da pueriles pataditas.*) No quiero que hables así de él. Ya verás cómo llega muy lejos. ¡Qué importa que no tenga dinero! ¿Para qué quiere mi papaíto un yerno rico?

Don Manuel.—¡Hija!

Elvira.— Escucha: te voy a pedir un favor muy grande.

Don Manuel.— Hija mía, algunas veces no me respetas nada.

Elvira.— Pero te quiero, que es mucho mejor. ¿Me harás ese favor?

Don Manuel.— Depende…

Elvira.— ¡Nada! Me lo harás.

Don Manuel.— ¿De qué se trata?

Elvira.— Es muy fácil, papá. Tú lo que necesitas no es un yerno rico, sino un muchacho emprendedor que lleve adelante el negocio. Pues sacas a Fernando de la papelería y le colocas, ¡con un buen sueldo!, en tu agencia. (*Pausa.*) ¿Concedido?

Don Manuel.— Pero, Elvira, ¿y si Fernando no quiere? Además…

Elvira.— ¡Nada! (*Tapándose los oídos.*) ¡Sorda!

Don Manuel.— ¡Niña, que soy tu padre!

Elvira.— ¡Sorda!

Don Manuel.—*(Quitándole las manos de los oídos.*) Ese Fernando os tiene sorbido el seso a todas porque es el chico más guapo de la casa. Pero no me fío de el. Suponte que no te hiciera caso…

Elvira.— Haz tu parte, que de eso me encargo yo…

Don Manuel.— ¡Niña!

(*Ella rompe a reír. Coge del brazo a su padre y le lleva, entre mimos, al lateral izquierdo. Bajan. Una pausa.* **Trini**, *una joven de aspecto simpático— sale del III con una botella en la mano atendiendo a la voz de* **Paca**.)

Paca.— (*Desde dentro.*) ¡Qué lo compres tinto! Que ya sabes que a tu padre no le gusta el blanco.

Trini.— Bueno, madre.

(*Cierra y se dirige a la escalera.* **Generosa** *sale del I, con otra botella.*)

Generosa.— ¡Hola, Trini!

Trini.— Buenos, señora Generosa. ¿Por el vino?

(*Bajan juntas.*)

Generosa.— Sí. Y a la lechería.

Trini.— ¿Y Carmina?

Generosa.— Aviando la casa.

Trini.— ¿Ha visto usted la subida de la luz?

Generosa.— ¡Calla, hija! ¡No me digas! Si no fuera más que la luz… ¿Y la leche? ¿Y las patatas?

Trini.— (*Confidencial.*) ¿Sabe usted que doña Asunción no podía pagar hoy al Cobrador?

Generosa.— ¿De veras?

Trini.— Eso dice mi madre, que estuvo escuchando. Se lo pagó don Manuel. Como la niña está loca por Fernandito…

Generosa.— Ese gandulazo es muy simpático.

Trini.— Y Elvirita una lagartona.

Generosa.— No. Una niña consentida…

Trini.— No. Una lagartona…

(*Bajan charlando. Pausa.* **Carmina** *sale del I. Es una preciosa muchacha de aire sencillo y pobremente vestida. Lleva un delantal y una lechera en la mano.*)

Carmina.— (Mirando *por el hueco de la escalera.*) ¡Madre! ¡Qué se le olvida la cacharra! ¡Madre!

(*Con un gesto de contrariedad se despoja del delantal, lo echa adentro y cierra. Baja por el tramo mientras se abre el IV suavemente y aparece* **Fernando***, que la mira y cierra la puerta sin ruido. Ella baja apresurada, sin verle, y sale de escena. El se apoya en la barandilla y sigue con la vista la bajada de la muchacha por la escalera.* **Fernando** es*, en efecto, un muchacho muy guapo. Viste pantalón de luto y está en mangas de camisa. El IV vuelve a abrirse.* **Doña Asunción** *espía a su hijo.*)

Doña Asunción.— ¿Qué haces?

Fernando.— (*Desabrido.*) Ya lo ves.

Doña Asunción.—(*Sumisa.*) ¿Estás enfadado?

Fernando.— No.

Doña Asunción.— ¿Te ha pasado algo en la papelería?

Fernando.— No.

Doña Asunción.— ¿Por qué no has ido hoy?

Fernando.— Porque no.

(*Pausa.*)

Doña Asunción.— ¿Te he dicho que padre de Elvira nos ha pagado el recibo de la luz?

Fernando.— (*Volviéndose hacia su madre.*) ¡Sí! ¡Ya me lo has dicho! (*Yendo hacia ella.*) ¡Déjame en paz!

Doña Asunción.— ¡Hijo!

Fernando.— ¡Qué inoportunidad! ¡Pareces disfrutar recordándome nuestra pobreza!

Doña Asunción.— ¡Pero, hijo!

Fernando.— (*Empujándola y cerrando de golpe.*) ¡Anda, anda para adentro!

(*Con un suspiro de disgusto, vuelve a recostarse en el pasamanos. Pausa.* **Urbano** *llega al primer rellano. Viste traje azul mahón. Es un muchacho fuerte y moreno, de fisonomía ruda, pero expresiva: un proletario.* **Fernando** *lo mira avanzar en silencio.* **Urbano** *comienza a subir la escalera y se detiene al verle.*)

Urbano.— ¡Hola! ¿Qué haces ahí?

Fernando.— Hola, Urbano. Nada.

Urbano.— Tienes cara de enfado.

Fernando.— No es nada.

Urbano.— Baja al «casinillo». (*Señalando el hueco de la ventana.*) Te invito a un cigarro. (*Pausa.*) ¡Baja, hombre! (**Fernando** *empieza a bajar sin prisa.*) Algo te pasa. (*Sacando la petaca.*) ¿No se puede saber?

Fernando.— (*Que ha llegado.*) Nada, lo de siempre… (*Se recuestan en la pared del «casinillo». Mientras hacen los pitillos.*) ¡Qué estoy harto de todo esto!

Urbano.— (*Riendo.*) Eso es ya muy viejo. Creí que te ocurría algo.

Fernando.— Puedes reírte. Pero te aseguro que no sé cómo aguanto. (*Breve pausa.*) En fin, ¡para qué hablar! ¿Qué hay por tu fábrica?

Urbano.— ¡Muchas cosas! Desde la última huelga de metalúrgicos la gente se sindica a toda prisa. A ver cuándo nos imitáis los dependientes.

Fernando.— No me interesan esas cosas.

Urbano.— Porque eres tonto. No sé de qué te sirve tanta lectura.

Fernando.— ¿Me quieres decir lo que sacáis en limpio de esos líos?

Urbano.— Fernando, eres un desgraciado. Y lo peor es que no lo sabes. Los pobres diablos como nosotros nunca lograremos mejorar de vida sin la ayuda mutua. Y eso es el sindicato. ¡Solidaridad! Ésa es nuestra palabra. Y sería la tuya si te dieses cuenta de que no eres más que un triste hortera. ¡Pero como te crees un marqués!

Fernando.— No me creo nada. Sólo quiero subir. ¿Comprendes? ¡Subir! Y dejar toda esta sordidez en que vivimos.

Urbano.— Y a los demás que los parta un rayo.

Fernando.— ¿Qué tengo yo que ver con los demás? Nadie hace nada por nadie. Y vosotros os metéis en el sindicato porque no tenéis arranque para subir solos. Pero ese no es camino para mí. Yo sé que puedo subir y subiré solo.

Urbano.— ¿Se puede uno reír?

Fernando.— Haz lo que te de la gana.

Urbano.— (*Sonriendo.*) Escucha, papanatas. Para subir solo, como dices, tendrías que trabajar todos los días diez horas en la papelería; no podrías faltar nunca, como has hecho hoy…

Fernando.— ¿Cómo lo sabes?

Urbano.— ¡Porque lo dice tu cara, simple! Y déjame continuar. No podrías tumbarte a hacer versitos ni a pensar en las musarañas; buscarías trabajos particulares para redondear el presupuesto y te acostarías a las tres de la mañana contento de ahorrar sueño y dinero. Porque tendrías que ahorrar, ahorrar como una urraca; quitándolo de la comida, del vestido, del tabaco… Y cuando llevases un montón de años haciendo eso, y ensayando negocios y buscando caminos, acabarías por verte solicitando cualquier miserable empleo para no morirte de hambre… No tienes tú madera para esa vida.

Fernando.— Ya lo veremos. Desde mañana mismo…

Urbano.— (*Riendo.*) Siempre es desde mañana. ¿Por qué no lo has hecho desde ayer, o desde hace un mes? (*Breve pausa.*) Porque no puedes. Porque eres un soñador. ¡Y un gandul! (**Fernando** *le mira lívido, conteniéndose, y hace un movimiento para marcharse.*) ¡Espera, hombre! No te enfades. Todo esto te lo digo como un amigo.

(*Pausa*.)

Fernando.— (*Más calmado y levemente despreciativo.*) ¿Sabes lo que te digo? Que el tiempo lo dirá todo. Y que te emplazo. (**Urbano** *le mira.*) Sí, te emplazo para dentro de… diez años, por ejemplo. Veremos, para entonces, quién ha llegado más lejos; si tú con tu sindicato o yo con mis proyectos.

Urbano.— Ya sé que yo no llegaré muy lejos; y tampoco tú llegarás. Si yo llego, llegaremos todos. Pero lo más fácil es que dentro de diez años sigamos subiendo esta escalera y fumando en este «casinillo».

Fernando.— Yo, no. (*Pausa.*) Aunque quizá no sean muchos diez años…

(*Pausa*)

Urbano.— (*Riendo.*) ¡Vamos! Parece que no estás muy seguro.

Fernando.— No es eso, Urbano. ¡Es que le tengo miedo al tiempo! Es lo que más me hace sufrir. Ver cómo pasan los días, y los años…, sin que nada cambie. Ayer mismo éramos tú y yo dos críos que veníamos a fumar aquí, a escondidas, los primeros pitillos… ¡Y hace ya diez años! Hemos crecido sin darnos cuenta, subiendo

y bajando la escalera, rodeados siempre de los padres, que no nos entienden; de vecinos que murmuran de nosotros y de quienes murmuramos… Buscando mil recursos y soportando humillaciones para poder pagar la casa, la luz… y las patatas. (*Pausa.*) Y mañana, o dentro de diez años que pueden pasar como un día, como han pasado estos últimos…, ¡sería terrible seguir así! Subiendo y bajando la escalera, una escalera que no conduce a ningún sitio; haciendo trampas en el contador, aborreciendo el trabajo… perdiendo día tras día… (*Pausa.*) Por eso es preciso cortar por lo sano.

Urbano.— ¿Y qué vas a hacer?

Fernando.— No lo sé. Pero ya haré algo.

Urbano.— ¿Y quieres hacerlo solo?

Fernando.— Solo.

Urbano.— ¿Completamente?

(*Pausa.*)

Fernando.— Claro.

Urbano.— Pues te voy a dar un consejo. Aunque no lo creas, siempre necesitamos de los demás. No podrás luchar solo sin cansarte.

Fernando.— ¿Me vas a volver a hablar del sindicato?

Urbano.— No. Quiero decirte que, si verdaderamente vas a luchar, para evitar el desaliento necesitarás…

(*Se detiene.*)

Fernando.— ¿Qué?

Urbano.— Una mujer.

Fernando.— Ése no es problema. Ya sabes que…

Urbano.— Ya sé que eres un buen mozo con muchos éxitos. Y eso te perjudica; eres demasiado buen mozo. Lo que te hace falta es dejar todos esos noviazgos y enamorarte de verdad. (*Pausa.*) Hace tiempo que no hablamos de estas cosas… Antes, si a ti o a mí nos gustaba Fulanita, nos lo decíamos en seguida. (*Pausa.*) ¿No hay nada serio ahora?

Fernando.— (*Reservado*) Pudiera ser.

Urbano.— No se tratará de mi hermana, ¿verdad?

Fernando.— ¿De tu hermana? ¿De cuál?

Urbano.— De Trini.

Fernando.— No, no.

Urbano.— Pues de Rosita, ni hablar.

Fernando.— Ni hablar.

(*Pausa.*)

Urbano.— Porque la hija de la señora Generosa no creo que te haya llamado la

atención… (*Pausa. Le mira de reojo, con ansiedad.*) ¿O es ella? ¿Es Carmina?

(*Pausa.*)

Fernando.— No.

Urbano.— (*Ríe y le palmotea la espalda.*) ¡Está bien, hombre! ¡No busco más! Ya me lo dirás cuando quieras. ¿Otro cigarrillo?

Fernando.— No. (*Pausa breve.*) Alguien sube.

(*Miran hacia el hueco.*)

Urbano.— Es mi hermana.

(*Aparece* **Rosa**, *que es una mujer joven, guapa y provocativa. Al pasar junto a ellos los saluda despectivamente, sin detenerse, y comienza a subir el tramo.*)

Rosa.— Hola, chicos.

Fernando.— Hola, Rosita.

Urbano.— ¿Ya has pindongueado bastante?

Rosa.— (*Parándose.*) ¡Yo no pindongueo! Y, además, no te importa.

Urbano.— ¡Un día de éstos le voy a romper las muelas a alguien!

Rosa.— ¡Qué valiente! Cuídate tú la dentadura por si acaso.

(*Sube.* **Urbano** *se queda estupefacto por su descaro.* **Fernando** *ríe y le llama a su lado. Antes de llamar* **Rosa** *en el III se abre el I y sale* **Pepe.** *El hermano de* **Carmina** *ronda ya los treinta años y es un granuja achulado y presuntuoso. Ella se vuelve y se contemplan, muy satisfechos. Él va a hablar, pero ella le hace señas de que se calle y le señala el «casinillo», donde se encuentran los dos muchachos ocultos para él.* **Pepe** *la invita por señas a bailar para después y ella asiente sin disimular su alegría. En esta expresiva mímica los sorprende* **Paca**, *que abre de improvisto.*)

Paca.— ¡Bonita representación! (*Furiosa, zarandea a su hija.*) ¡Adentro, condenada! ¡Ya te daré yo diversiones!

(**Fernando** *y* **Urbano** *se asoman.*)

Rosa.— ¡No me empuje! ¡Usted no tiene derecho a maltratarme!

Paca.— ¿Qué no tengo derecho?

Rosa.— ¡No, señora! ¡Soy mayor de edad!

Paca.— ¿Y quién te mantiene? ¡Golfa, más que golfa!

Rosa.— ¡No insulte!

Paca.— (*Metiéndola de un empellón.*) ¡Anda para adentro! (A **Pepe**, *que optó desde el principio por bajar un par de peldaños.*) ¡Y tú, chulo indecente! ¡Si te vuelvo a ver con mi niña te abro la cabeza de un sartenazo! ¡Cómo me llamo Paca!

Pepe.— Ya será menos.

Paca.— ¡Aire! ¡Aire! ¡A escupir a la calle!

(*Cierra con ímpetu.* **Pepe** *baja sonriendo con suficiencia. Va a pasar de largo, pero* **Urbano** *le detiene por la manga.*)

Urbano.— No tengas tanta prisa.

Pepe.— (*Volviéndose con saña.*) ¡Muy bien! ¡Dos contra uno!

Fernando.— (*Presuroso.*) No, no, Pepe. (*Con sonrisa servil.*) Yo no intervengo; no es asunto mío.

Urbano.— No. Es mío.

Pepe.— Bueno, suelta. ¿Qué quieres?

Urbano.—*(Reprimiendo su ira y sin soltarle.*) Decirte nada más que si la tonta de mi hermana no te conoce, yo sí. Que si ella no quiere creer que has estado viviendo de la Luisa y de la Pili después de lanzarlas a la vida, yo sé que es cierto. ¡Y que como vuelva a verte con Rosa, te juro, por tu madre, que te tiro por el hueco de la escalera! (*Lo suelta con violencia.*) Puedes largarte.

(Le *vuelve la espalda.*)

Pepe.— Será si quiero. ¡Estos mocosos! (*Alisándose la manga.*) ¡Qué no levantan dos palmos del suelo y quieren medirse con hombres! Si no mirara…

(**Urbano** *no le hace caso.* **Fernando** *interviene, aplacador.*)

Fernando.— Déjalo, Pepe. No te… alteres. Mejor es que te marches.

Pepe.— Sí. Mejor será. (*Inicia la marcha y se vuelve.*) El mocoso indecente, que cree que me va a meter miedo a mí… (*Baja protestando.*) Un día me voy a liar a mamporros y le demostraré lo que es un hombre…

Fernando.— No sé por qué te gusta tanto chillar y amenazar.

Urbano.— (*Seco.*) Eso va en gustos. Tampoco me agrada a mí que te muestres tan amable con un sinvergüenza como ése.

Fernando.— Prefiero eso a lanzar amenazas que luego no se cumplen.

Urbano.— ¿Qué no se cumplen?

Fernando.— ¡Qué van a cumplirse! Cualquier día tiras tú a nadie por el hueco de la escalera. ¿Todavía no te has dado cuenta de que eres un ser inofensivo?

(*Pausa.*)

Urbano.— ¡No sé cómo nos las arreglamos tú y yo para discutir siempre! Me voy a comer. Abur.

Fernando.—*(Contento por su pequeña revancha.*) ¡Hasta luego, sindicalista!

(**Urbano** *sube y llama al III.* **Paca** *abre.*)

Paca.— Hola, hijo. ¿Traes hambre?

Urbano.— ¡Más que un lobo!

(*Entra y cierra.* **Fernando** *se recuesta en la barandilla y mira por el hueco. Con un repentino gesto de desagrado se retira al «casinillo» y mira por la ventana, fingiendo distracción. Pausa.* **Don Manuel** *y* **Elvira** *suben. Ella aprieta el brazo*

de su padre en cuanto ve a **Fernando.** *Se detienen un momento; luego continúan.*)

Don Manuel.— (*Mirando socarronamente a* **Elvira**, *que está muy turbada.*) Adiós, Fernandito.

Fernando.— (*Se vuelve con desgana. Sin mirar a* **Elvira.**) Buenos días.

Don Manuel.— ¿De vuelta del trabajo?

Fernando.— (*Vacilante.*) Sí, señor.

Don Manuel.— Está bien, hombre. (*Intenta seguir, pero* **Elvira** *lo retiene tenazmente, indicándole que hable ahora a* **Fernando.** *A regañadientes, termina el padre por acceder.*) Un día de estos tengo que decirle unas cosillas.

Fernando.— Cuando usted disponga.

Don Manuel.— Bien, bien. No hay prisa; ya le avisaré. Hasta luego. Recuerdos a su madre.

Fernando.— Muchas gracias. Ustedes sigan bien. (*Suben.* **Elvira** *se vuelve con frecuencia para mirarle. Él está de espaldas.* **Don Manuel** *abre el II con su llave y entran.* **Fernando** *hace un mal gesto y se apoya en el pasamanos. Pausa.* **Generosa** *sube.* **Fernando** *la saluda muy sonriente.*) Buenos días.

Generosa.— Hola, hijo. ¿Quieres comer?

Fernando.— Gracias, que aproveche. ¿Y el señor Gregorio?

Generosa.— Muy disgustado, hijo. Como lo retiran por la edad… Y es lo que él dice: «¿De qué sirve que un hombre se deje los huesos conduciendo un tranvía durante cincuenta años, si luego le ponen en la calle?». Y si le dieran un buen retiro… Pero es una miseria, hijo; una miseria. ¡Y a mi Pepe no hay quien lo encarrile! (*Pausa.*) ¡Qué vida! No sé cómo vamos a salir adelante.

Fernando.— Lleva usted razón. Menos mal que Carmina…

Generosa.— Carmina es nuestra única alegría. Es buena, trabajadora, limpia… Si mi Pepe fuese como ella…

Fernando.— No me haga mucho caso, pero creo que Carmina la buscaba antes.

Generosa.— Sí. Es que se me había olvidado la cacharra de la leche. Ya la he visto. Ahora sube ella. Hasta luego, hijo.

Fernando.— Hasta luego.

(**Generosa** *sube, abre su puerta y entra. Pausa.* **Elvira** *sale sin hacer ruido al descansillo, dejando su puerta entornada. Se apoya en la barandilla. Él finge no verla. Ella le llama por encima del hueco.*)

Elvira.— Fernando.

Fernando.— ¡Hola!

Elvira.— ¿Podrías acompañarme hoy a comprar un libro? Tengo que hacer un regalo y he pensado que tú me ayudarías muy bien a escoger.

Fernando.— No sé si podré.

(*Pausa.*)

Elvira.— Procúralo, por favor. Sin ti no sabré hacerlo. Y tengo que darlo mañana.

Fernando.— A pesar de eso no puedo prometerte nada. (*Ella hace un gesto de contrariedad.*) Mejor dicho: casi seguro que no podrás contar conmigo.

(*Sigue mirando por el hueco.*)

Elvira.— (*Molesta y sonriente.*) ¡Qué caro te cotizas! (*Pausa.*) Mírame un poco, por lo menos. No creo que cueste mucho trabajo mirarme… (*Pausa.*) ¿Eh?

Fernando.— (*Levantando la vista.*) ¿Qué?

Elvira.— Pero ¿no me escuchabas? ¿O es que no quieres enterarte de lo que te digo?

Fernando.— (*Volviéndole la espalda.*) Déjame en paz.

Elvira.— (Resentida.) ¡Ah! ¡Qué poco te cuesta humillar a los demás! ¡Es muy fácil… y muy cruel humillar a los demás! Te aprovechas de que te estiman demasiado para devolverte la humillación…, pero podría hacerse…

Fernando.— (Volviéndose *furioso.*) ¡Explica eso!

Elvira.— Es muy fácil presumir y despreciar a quien nos quiere, a quien está dispuesto a ayudarnos… A quien nos ayuda ya… Es muy fácil olvidar esas ayudas…

Fernando.— (*Iracundo.*) ¿Cómo te atreves a echarme en cara tu propia ordinariez? ¡No puedo sufrirte! ¡Vete!

Elvira.— (*Arrepentida.*) ¡Fernando, perdóname, por Dios! Es que…

Fernando.— ¡Vete! ¡No puedo soportarte! No puedo resistir vuestros favores ni vuestra estupidez. ¡Vete! (*Ella ha ido retrocediendo muy afectada. Se entra, llorosa y sin poder reprimir apenas sus nervios.* **Fernando**, *muy alterado también, saca un cigarrillo. Al tiempo de tirar la cerilla.*) ¡Qué vergüenza!

(*Se vuelve al «casinillo». Pausa.* **Paca** *sale de su casa y llama en el I.* **Generosa** *abre.*)

Paca.— A ver si me podía usted dar un poco de sal.

Generosa.— ¿De mesa o de la gorda?

Paca.— De la gorda. Es para el guisado. (**Generosa** *se mete.* **Paca**, *alzando la voz.*) Un puñadito nada más… (**Generosa** *vuelve con un papelillo.*) Gracias, mujer.

Generosa.— De nada.

Paca.— ¿Cuánta luz ha pagado este mes?

Generosa.— Dos sesenta. ¡Un disparate! Y eso que procuro encender lo menos posible… Pero nunca consigo quedarme en las dos pesetas.

Paca.— No se queje. Yo he pagado cuatro diez.

Generosa.— Ustedes tienen una habitación más y son más que nosotros.

Paca.— ¡Y qué! Mi alcoba no la enciendo nunca. Juan y yo nos acostamos a oscuras. A nuestra edad, para lo que hay que ver…

Generosa.— ¡Jesús!

Paca.— ¿He dicho algo malo?

Generosa.— (*Riendo débilmente.*) No, mujer; pero… ¡qué boca, Paca!

Paca.— ¿Y para qué sirve la boca, digo yo? Pues para usarla.

Generosa.— Para usarla bien, mujer.

Paca.— No he insultado a nadie.

Generosa.— Aun así…

Paca.— Mire, Generosa: usted tiene muy poco arranque. ¡Eso es! No se atreve ni a murmurar.

Generosa.— ¡El Señor me perdone! Aún murmuro demasiado.

Paca.— ¡Si es la sal de la vida! (*Con misterio.*) A propósito: ¿sabe usted que don Manuel le ha pagado la luz a doña Asunción?

(**Fernando**, *con creciente expresión de disgusto, no pierde palabra.*)

Generosa.— Ya me lo ha dicho Trini.

Paca.— ¡Vaya con Trini! ¡Ya podía haberse tragado la lengua! (*Cambiando el tono.*) Y, para mí, que fue Elvirita quien se lo pidió a su padre.

Generosa.— No es la primera vez que les hacen favores de ésos.

Paca.— Pero quien lo provocó, en realidad, fue doña Asunción.

Generosa.— ¿Ella?

Paca.— ¡Pues claro! (*Imitando la voz.*) «Lo siento, cobrador, no puedo ahora. ¡Buenos días, don Manuel! ¡Dios mío, cobrador, si no puedo! ¡Hola, Elvirita, qué guapa estás!» ¡A ver si no lo estaba pidiendo descaradamente!

Generosa.— Es usted muy mal pensada.

Paca.— ¿Mal pensada? ¡Si yo no lo censuro! ¿Qué va a hacer una mujer como ésa, con setenta y cinco pesetas de pensión y un hijo que no da golpe?

Generosa.— Fernando trabaja.

Paca.— ¿Y qué gana? ¡Una miseria! Entre el carbón, la comida y la casa se les va todo. Además, que le descuentan muchos días de sueldo. Y puede que lo echen de la papelería.

Generosa.— ¡Pobre chico! ¿Por qué?

Paca.— Porque no va nunca. Para mí que ése lo que busca es pescar a Elvirita… y los cuartos de su padre.

Generosa.— ¿No será al revés?

Paca.— ¡Qué va! Es que ese niño sabe mucha táctica se hace querer. ¡Cómo es tan guapo! Porque lo es; eso no hay que negárselo.

Generosa.— (*Se asoma al hueco de la escalera y vuelve.*) Y Carmina sin venir… Oiga, Paca: ¿es verdad que don Manuel tiene dinero?

Paca.— Mujer, ya sabe usted que era oficinista. Pero con la agencia esa que ha montado se está forrando el riñón. Como tiene tantas relaciones y sabe tanta triquiñuela…

Generosa.— Y una agencia, ¿qué es?

Paca.— Un sacaperras. Para sacar permisos, certificados… ¡Negocios! Bueno, y me voy, que se hace tarde. (*Inicia la marcha y se detiene.*) ¿Y el señor Gregorio, cómo va?

Generosa.— Muy disgustado, el pobre. Como lo retiran por la edad… Y es lo que él dice: «¿De qué sirve que un hombre se deje los huesos durante cincuenta años conduciendo un tranvía, si luego le ponen en la calle?». Y el retiro es una miseria, Paca. Ya lo sabe usted. ¡Qué vida, Dios mío! No sé cómo vamos a salir adelante. Y mi Pepe, que no ayuda nada…

Paca.— Su Pepe es un granuja. Perdone que se lo diga, pero usted ya lo sabe. Ya le he dicho antes que no quiero volver a verle con mi Rosa.

Generosa.— (*Humillada.*) Lleva usted razón. ¡Pobre hijo mío!

Paca.— ¿Pobre? Como Rosita. Otra que tal. A mí no me duelen prendas. ¡Pobres de nosotras, Generosa, pobres de nosotras! ¿Qué hemos hecho para este castigo? ¿Lo sabe usted?

Generosa.— Como no sea sufrir por ellos…

Paca.— Eso. Sufrir y nada más. ¡Qué asco de vida! Hasta luego, Generosa. Y gracias.

Generosa.— Hasta luego.

(*Ambas se meten y cierran.* **Fernando**, *abrumado, llega a recostarse en la barandilla. Pausa. Repentinamente se endereza y espera, de cara al público.* **Carmina** *sube con la* cacharro. Sus *miradas se cruzan. Ella intenta pasar, con los ojos bajos.* **Fernando** *la detiene por un brazo.*)

Fernando.— Carmina.

Carmina.— Déjeme…

Fernando.— No, Carmina. Me huyes constantemente y esta vez tienes que escucharme.

Carmina.— Por favor. Fernando… ¡Suélteme!

Fernando.— Cuando éramos chicos nos tuteábamos… ¿Por qué no me tuteas ahora? (*Pausa.*) ¿Ya no te acuerdas de aquel tiempo? Yo era tu novio y tú eras mi novia… Mi novia… Y nos sentábamos aquí (*Señalando a los peldaños*), en ese escalón, cansados de jugar…, a seguir jugando a los novios.

Carmina.— Cállese.

Fernando.— Entonces me tuteabas y… me querías.

Carmina.— Era una niña… Ya no me acuerdo.

Fernando.— Eras una mujercita preciosa. Y sigues siéndolo. Y no puedes haber olvidado. ¡Yo no he olvidado! Carmina, aquel tiempo es el único recuerdo maravilloso que conservo en medio de la sordidez en que vivimos. Y quería decirte… que siempre… has sido para mí lo que eras antes.

Carmina.— ¡No te burles de mí!

Fernando.— ¡Te lo juro!

Carmina.— ¿Y todas… ésas con quien has paseado y… que has besado?

Fernando.— Tienes razón. Comprendo que no me creas. Pero un hombre… Es muy difícil de explicar. A ti, precisamente, no podía hablarte…, ni besarte… ¡Porque te quería, te quería y te quiero!

Carmina.— No puedo creerte.

(*Intenta marcharse.*)

Fernando.— No, no. Te lo suplico. No te marches. Es preciso que me oigas… y que me creas. Ven. (*La lleva al primer peldaño.*) Como entonces.

(Con *un ligero forcejeo la obliga a sentarse contra la pared y se sienta a su lado. Le quita la lechera y la deja junto a él. Le coge una mano.*)

Carmina.— ¡Si nos ven!

Fernando.— ¡Qué nos importa! Carmina, por favor, créeme. No puedo vivir sin ti. Estoy desesperado. Me ahoga la ordinariez que nos rodea. Necesito que me quieras y que me consueles. Si no me ayudas, no podré salir adelante.

Carmina.— ¿Por qué no se lo pides a Elvira?

(*Pausa. Él la mira, excitado y alegre.*)

Fernando.— ¡Me quieres! ¡Lo sabía! ¡Tenías que quererme! (*Le levanta la cabeza. Ella sonríe involuntariamente.*) ¡Carmina, mi Carmina!

(*Va a besarla, pero ella le detiene.*)

Carmina.— ¿Y Elvira?

Fernando.— ¡La detesto! Quiere cazarme con su dinero. ¡No la puedo ver!

Carmina.— (*Con una risita.*) ¡Yo tampoco!

(*Ríen, felices.*)

Fernando.— Ahora tendría que preguntarte yo: ¿Y Urbano?

Carmina.— ¡Es un buen chico! ¡Yo estoy loca por él! (**Fernando** *se enfurruña.*) ¡Tonto!

Fernando.— (*Abrazándola por el talle.*) Carmina, desde mañana voy a trabajar de firme por ti. Quiero salir de esta pobreza, de este sucio ambiente. Salir y sacarte a ti. Dejar para siempre los chismorreos, las broncas entre vecinos… Acabar con la angustia del dinero escaso, de los favores que abochornan como una bofetada, de los

padres que nos abruman con su torpeza y su cariño servil, irracional…

Carmina.— (*Reprensiva.*) ¡Fernando!

Fernando.— Sí. Acabar con todo esto. ¡Ayúdame tú! Escucha: voy a estudiar mucho, ¿sabes? Mucho. Primero me haré delineante. ¡Eso es fácil! En un año… Como para entonces ya ganaré bastante, estudiaré para aparejador. Tres años. Dentro de cuatro años seré un aparejador solicitado por todos los arquitectos. Ganaré mucho dinero. Por entonces tú serás ya mi mujercita, y viviremos en otro barrio, en un pisito limpio y tranquilo. Yo seguiré estudiando. ¿Quién sabe? Puede que para entonces me haga ingeniero. Y como una cosa no es incompatible con la otra, publicaré un libro de poesías, un libro que tendrá mucho éxito…

Carmina.— (Que *le ha escuchado extasiada.*) ¡Qué felices seremos!

Fernando.— ¡Carmina!

(*Se inclina para besarla y da un golpe con el pie a la lechera, que se derrama estrepitosamente. Temblorosos, se levantan los dos y miran, asombrados, la gran mancha blanca en el suelo.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Han transcurrido diez años que no se notan en nada: la escalera sigue sucia y pobre, las puertas sin timbre, los cristales de la ventana sin lavar.

(*Al comenzar el acto se encuentran en escena* **Generosa, Carmina, Paca, Trini** *y el* **Señor Juan.** *Éste es un viejo alto y escuálido, de aire quijotesco, que cultiva unos anacrónicos bigotes lacios. El tiempo transcurrido se advierte en los demás:* **Paca** *y* **Generosa** *han encanecido mucho.* **Trini** es *ya una mujer madura, aunque airosa.* **Carmina** conserva *todavía su belleza: una belleza que empieza a marchitarse. Todos siguen pobremente vestidos, aunque con trajes más modernos. Las puertas I y III están abiertas de par en par. Las II y IV, cerradas. Todos los presentes se encuentran apoyados en el pasamanos, mirando por el hueco.* **Generosa** *y* **Carmina** están *llorando; la hija rodea con un brazo la espalda de su madre. A poco,* **Generosa** *baja el tramo y sigue mirando desde el primer rellano.* **Carmina** *la sigue después.*)

Carmina.— Ande, madre… (**Generosa** *la aparta, sin dejar de mirar a través de sus lágrimas.*) Ande…

(*Ella mira también. Sollozan de nuevo y se abrazan a medias, sin dejar de mirar.*)

Generosa.— Ya llegan al portal… (*Pausa.*) Casi no se le ve…

Señor Juan.— (*Arriba, a su mujer.*) ¡Cómo sudaban! Se conoce que pesa mucho.

(**Paca** *le hace señas de que calle.*)

Generosa.— (*Abrazada a su hija.*) Solas, hija mía. ¡Solas! (*Pausa. De pronto se desase y sube lo más aprisa que puede la escalera.* **Carmina** *la sigue. Al tiempo que suben.*) Déjeme mirar por su balcón, Paca. ¡Déjeme mirar!

Paca.— Sí, mujer.

(**Generosa** entra *presurosa en el III. Tras ella,* **Carmina** *y* **Paca**.)

Trini.— (*A su padre, que se recuesta en la barandilla, pensativo.*) ¿No entra, padre?

Señor Juan.— No, hija. ¿Para qué? Ya he visto arrancar muchos coches fúnebres en esta vida. (*Pausa.*) ¿Te acuerdas del de doña Asunción? Fue un entierro de primera, con caja de terciopelo…

Trini.— Dicen que lo pagó don Manuel.

Señor Juan.— Es muy posible. Aunque el entierro de don Manuel fue menos lujoso.

Trini.— Es que ése lo pagaron los hijos.

Señor Juan.— Claro. (*Pausa.*) Y ahora, Gregorio. No sé cómo ha podido durar

estos diez años. Desde la jubilación no levantó cabeza. (*Pausa.*) ¡A todos nos llegará la hora!

Trini.— (*Juntándosele.*) ¡Padre, no diga eso!

Señor Juan.— ¡Si es la verdad, hija! Y quizá muy pronto.

Trini.— No piense en esas cosas. Usted está muy bien todavía…

Señor Juan.— No lo creas. Eso es por fuera. Por dentro… me duelen muchas cosas. (*Se acerca, como al descuido, a la puerta IV. Mira a* **Trini.** *Señala tímidamente a la puerta.*) Esto. Esto me matará.

Trini.— (*Acercándose.*) No, padre. Rosita es buena…

Señor Juan.— (*Separándose de nuevo y con triste sonrisa.*) ¡Buena! (*Se asoma a su casa. Suspira. Pasa junto al* II *y escucha un momento.*) Estos no han chistado.

Trini.— No.

(*El padre se detiene después ante la puerta I. Apoya las manos en el marco y mira al interior vacío.*)

Señor Juan.— ¡Ya no jugaremos más a las cartas, viejo amigo!

Trini.— (Que se *le aproxima, entristecida, y tira de él.*) Vamos adentro, padre.

Señor Juan.— Se quedan con el día y la noche… Con el día y la noche. (Mirando *al I.*) Con un hijo que es un bandido…

Trini.— Padre, deje eso.

(*Pausa.*)

Señor Juan.— Ya nos llegará a todos.

(*Ella mueve la cabeza, desaprobando.* **Generosa,** *rendida, sale del III, llevando a los lados a* **Paca** *y a* **Carmina**.)

Paca.— ¡Ea! No hay que llorar más. Ahora a vivir, A salir adelante.

Generosa.— No tengo fuerzas…

Paca.— ¡Pues se inventan! No faltaba más.

Generosa.— ¡Era tan bueno mi Gregorio!

Paca.— Todos nos tenemos que morir. Es ley de vida.

Generosa.— Mi Gregorio…

Paca.— Hala. Ahora barremos entre las dos la casa. Y mi Trini irá luego por la compra y hará la comida. ¿Me oyes, Trini?

Trini.— Sí, madre.

Generosa.— Yo me moriré pronto también.

Carmina.— ¡Madre!

Paca.— ¿Quién piensa en morir?

Generosa.— Sólo quisiera dejar a esta hija… con un hombre de bien… antes de

morirme.

Paca.— ¡Mejor sin morirse!

Generosa.— ¡Para qué!…

Paca.— ¡Para tener nietos, alma mía! ¿No le gustaría tener nietos?

(*Pausa*.)

Generosa.— ¡Mi Gregorio!…

Paca.— Bueno. Se acabó. Vamos adentro. ¿Pasas, Juan?

Señor Juan.— Luego entraré un ratito. ¡Lo dicho, Generosa! ¡Y a tener ánimo!

(*La abraza.*)

Generosa.— Gracias…

(*El* **Señor Juan** *y* **Trini** *entran, en su casa y cierran.* **Generosa, Paca** *y* **Carmina** *se dirigen al I.*)

Generosa.— (Antes de *entrar.*) ¿Qué va a ser de nosotros, Dios mío? ¿Y de esta niña? ¡Ay, Paca! ¿Qué va a ser de mi Carmina?

Carmina.— No se apure, madre.

Paca.— Claro que no. Ya saldremos todos adelante. Nunca os faltarán buenos amigos.

Generosa.— Todos sois muy buenos.

Paca.— ¡Qué buenos, ni qué… peinetas! ¡Me dan ganas de darle azotes como a un crío!

(*Se meten. La escalera queda sola. Pausa. Se abre el II cautelosamente y aparece* **Fernando.** Los *años han dado a su aspecto un tinte vulgar. Espía el descansillo y sale después, diciendo hacia adentro.*)

Fernando.— Puedes salir. No hay nadie.

(*Entonces sale* **Elvira,** *con un niño de pecho en los brazos.* **Fernando** *y* **Elvira** visten *con modestia. Ella se mantiene hermosa, pero su cara no guarda nada de la antigua vivacidad.*)

Elvira.— ¿En qué quedamos? Esto es vergonzoso. ¿Les damos o no les damos el pésame?

Fernando.— Ahora no. En la calle lo decidiremos.

Elvira.— ¡Lo decidiremos! Tendré que decidir yo, como siempre. Cuando tú te pones a decidir nunca hacemos nada. (**Fernando** *calla, con la expresión hosca. Inician la bajada.*) ¡Decidir! ¿Cuándo vas a decidirte a ganar más dinero? Ya ves que así no podemos vivir. (*Pausa.*) ¡Claro, el señor contaba con el suegro! Pues el suegro se acabó, hijo. Y no se te acaba la mujer no sé por qué.

Fernando.— ¡Elvira!

Elvira.— ¡Sí, enfádate porque te dicen las verdades! Eso sabrás hacer: enfadarte y nada más. Tú ibas a ser aparejador, ingeniero, y hasta diputado. ¡Je! Ese era el

cuento que colocabas a todas. ¡Tonta de mí, que también te hice caso! Si hubiera sabido lo que me llevaba… Si hubiera sabido que no eras más que un niño mimado… La idiota de tu madre no supo hacer otra cosa que eso: mimarte.

Fernando.— (*Deteniéndose.*) ¡Elvira, no te consiento que hables así de mi madre! ¿Me entiendes?

Elvira.— (*Con ira.*) ¡Tú me has enseñado! ¡Tú eras el que hablaba mal de ella!

Fernando.— (*Entre dientes.*) Siempre has sido una niña caprichosa y sin educación.

Elvira.— ¿Caprichosa? ¡Sólo tuve un capricho! ¡Uno sólo! Y…

(**Fernando** *la tira del vestido para avisarle de la presencia de* **Pepe,** *que sube. El aspecto de* **Pepe** *denota que lucha victoriosamente contra los años para mantener su prestancia.*)

Pepe.— (*Al pasar.*) Buenos días.

Fernando.— Buenos días.

Elvira.— Buenos días.

(*Bajan.* **Pepe** *mira hacia el hueco de la escalera con placer. Después sube monologando.*)

Pepe.— Se conserva, se conserva la mocita.

(*Se dirige al IV, pero luego mira al I, su antigua casa, y se acerca. Tras un segundo de vacilación ante la puerta, vuelve decididamente al IV y llama. Le abre* **Rosa**, *que ha adelgazado y empalidecido.*)

Rosa.— (*Con acritud.*) ¿A qué vienes?

Pepe.— A comer, princesa.

Rosa.— A comer, ¿eh? Toda la noche emborrachándote con mujeres y a la hora de comer, a casita, a ver lo que la Rosa ha podido apañar por ahí.

Pepe.— No te enfades, gatita.

Rosa.— ¡Sinvergüenza! ¡Perdido! ¿Y el dinero? ¿Y el dinero para comer? ¿Tú te crees que se puede poner el puchero sin tener cuartos?

Pepe.— Mira, niña, ya me estás cansando. Ya te he dicho que la obligación de traer dinero a casa es tan tuya como mía.

Rosa.— ¿Y te atreves…?

Pepe.— Déjate de romanticismos. Si me vienes con pegas y con líos, me marcharé. Ya lo sabes. (*Ella se echa a llorar y le cierra la puerta. Él se queda divertidamente perplejo frente a ésta.* **Trini** *sale del III con un capacho.* **Pepe** *se vuelve.*) Hola, Trini.

Trini.— (*Sin dejar de andar.*) Hola.

Pepe.— Estás cada día más guapa… Mejoras con los años, como el vino.

Trini.— (*Volviéndose de pronto.*) Si te has creído que soy tonta como Rosa, te

equivocas.

Pepe.— No te pongas así, pichón.

Trini.— ¿No te da vergüenza haber estado haciendo el golfo mientras tu padre se moría? ¿No te has dado cuenta de que tu madre y tu hermana están ahí (*Señalando*), llorando todavía porque hoy le dan tierra? Y ahora, ¿qué van a hacer? Matarse a coser, ¿verdad? (*Él se encoge de hombros.*) A ti no te importa nada. ¡Puah! Me das asco.

Pepe.— Siempre estáis pensando en el dinero. ¡Las mujeres no sabéis más que pedir dinero!

Trini.— Y tú no sabes más que sacárselo a las mujeres. ¡Porque eres un chulo despreciable!

Pepe.— (*Sonriendo.*) Bueno, pichón, no te enfades. ¡Cómo te pones por un piropo!

(**Urbano,** *que viene con su ropita de paseo, se ha parado al escuchar las últimas palabras y sube rabioso mientras va diciendo.*)

Urbano.— ¡Ese piropo y otros muchos te los vas a tragar ahora mismo! (*Llega a él y le agarra por las solapas, zarandeándole.*) ¡No quiero verte molestar a Trini! ¿Me oyes?

Pepe.— Urbano, que no es para tanto…

Urbano.—¡Canalla! ¿Qué quieres? ¿Perderla a ella también? ¡Granuja! (*Le inclina sobre la barandilla*.) ¡Qué no has valido ni para venir a presidir el duelo de tu padre! ¡Un día te tiro! ¡Te tiro!

(*Sale* **Rosa,** *desalada, del IV para interponerse. Intenta separarlos y golpea a* **Urbano** *para que suelte.*)

Rosa.— ¡Déjale! ¡Tú no tienes que pegarle!

Trini.— (*Con mansedumbre.*) Urbano tiene razón… Que no se meta conmigo.

Rosa.— ¡Cállate tú, mosquita muerta!

Trini.— (*Dolida.*) ¡Rosa!

Rosa.— (A **Urbano**.) ¡Déjale, te digo!

Urbano.— (*Sin soltar a* **Pepe**.) ¡Todavía le defiendes, imbécil!

Pepe.— ¡Sin insultar!

Urbano.— (*Sin hacerle caso.*) Venir a perderte por un guiñapo como éste… Por un golfo… Un cobarde.

Pepe.— Urbano, esas palabras…

Urbano.— ¡Cállate!

Rosa.— ¿Y a ti qué te importa? ¿Me meto yo en tus asuntos? ¿Me meto en si rondas a Fulanita o te soplan a Menganita? Más vale cargar con Pepe que querer cargar con quien no quiere nadie…

Urbano.— ¡Rosa!

(Se *abre el III y sale el* **Señor Juan**,*enloquecido.*)

Señor Juan.— ¡Callad! ¡Callad ya! ¡Me vais a matar! Sí, me moriré. ¡Me moriré, como Gregorio!

Trini.— (*Se abalanza a hacia él, gritando.*) ¡Padre, no!

Señor Juan.—(*Apartándola.*) ¡Déjame! (*A* **Pepe**.) ¿Por qué no te la llevaste a otra casa? ¡Teníais que quedaros aquí para acabar de amargarnos la vida!

Trini.— ¡Calle, padre!

Señor Juan.— Sí. Mejor es callar. (*A* **Urbano**.) Y tú: suelta a ese trapo.

Urbano.—*(Lanzando a* **Pepe** *sobre* **Rosa**.) Anda. Carga con él.

(**Paca** *sale del I y cierra.*)

Paca.— ¿Qué bronca es ésta? ¿No sabéis que ha habido un muerto aquí? ¡Brutos!

Urbano.— Madre tiene razón. No tenemos ningún respeto por el duelo de esas pobres.

Paca.— ¡Claro que tengo razón! (*A* **Trini**.) ¿Qué haces aquí todavía? ¡Anda a la compra! (**Trini** *agacha la cabeza y baja la escalera.* **Paca** *interpela a su marido.*) ¿Y tú que tienes que ver ni mezclarte con esta basura? (*Por* **Pepe** *y* **Rosa.** *Ésta, al sentirse aludida por su madre, entra en el IV y cierra de golpe.*) ¡Vamos adentro! (*Lleva al* **Señor Juan** *a su puerta. Desde allí, a* **Urbano**.) ¿Se acabó ya el entierro?

Urbano.— Sí. Madre.

Paca.— ¿Pues por qué no vas a decirlo?

Urbano.— Ahora mismo.

(**Pepe** *empieza a bajar componiéndose el traje.* **Paca** *y el* **Señor Juan** *se meten y cierran.*)

Pepe.— (*Ya en el primer rellano, mirando a* **Urbano** *de reojo.*) ¡Llamarme cobarde a mí, cuando si no me enredo a golpes es por el asco que me dan! ¡Cobarde a mí! (*Pausa.*) ¡Peste de vecinos! Ni tienen educación, ni saben tratar a la gente, ni…

(*Se va murmurando. Pausa.* **Urbano** *se encamina hacia el 1. Antes de llegar abre* **Carmina**, *que lleva un capacho en la mano. Cierra y se enfrentan, en silencio.*)

Carmina.— ¿Terminó el…?

Urbano.— Sí.

Carmina.— (*Enjugándose una lágrima.*) Muchas gracias, Urbano. Has sido muy bueno con nosotras.

Urbano.— (*Balbuciente.*) No tiene importancia. Ya sabes que yo…, que

nosotros… estamos dispuestos…

Carmina.— Gracias. Lo sé.

(*Pausa. Baja la escalera con él a su lado.*)

Urbano.— ¿Vas… vas a la compra?

Carmina.— Sí.

Urbano.— Déjalo. Luego irá Trini. No os molestéis vosotras por nada.

Carmina.— Iba a ir ella, pero se le habrá olvidado.

(*Pausa.*)

Urbano.— (*Parándose.*) Carmina…

Carmina.— ¿Qué?

Urbano.— ¿Puedo preguntarte… qué vais a hacer ahora?

Carmina.— No lo sé… Coseremos.

Urbano.— ¿Podréis salir adelante?

Carmina.— No lo sé.

Urbano.— La pensión de tu padre no era mucho, pero sin ella…

Carmina.— Calla, por favor.

Urbano.— Dispensa… He hecho mal en recordártelo.

Carmina.— No es eso.

(*Intenta seguir.*)

Urbano.— (*Interponiéndose.*) Carmina, yo…

Carmina.— *(Atajándole rápida.*) Tú eres muy bueno. Muy bueno. Has hecho todo lo posible por nosotras. Te lo agradezco mucho.

Urbano.— Eso no es nada. Aún quisiera hacer mucho más.

Carmina.— Ya habéis hecho bastante. Gracias de todos modos.

(*Se dispone a seguir.*)

Urbano.— ¡Espera, por favor! (*Llevándola al «casinillo.»*) Carmina, yo…, yo te quiero. (*Ella sonríe tristemente.*) Te quiero hace muchos años, tú lo sabes. Perdona que te lo diga hoy: soy un bruto. Es que no quisiera verte pasar privaciones ni un solo día. Ni a ti ni a tu madre. Me harías muy feliz si…, si me dijeras… que puedo esperar. (*Pausa. Ella baja la vista.*) Ya sé que no me quieres. No me extraña, porque yo no valgo nada. Soy muy poco para ti. Pero yo procuraría hacerte dichosa. (*Pausa.*) No me contestas…

Carmina.— Yo… había pensado permanecer soltera.

Urbano.— (*Inclinando la cabeza.*) Quizá continúas queriendo a algún otro…

Carmina.— (*Con disgusto.*) ¡No, no!

Urbano.— Entonces, es que… te desagrada mi persona.

Carmina.— ¡Oh, no!

Urbano.— Ya sé que no soy más que un obrero. No tengo cultura ni puedo aspirar a ser nada importante… Así es mejor. Así no tendré que sufrir ninguna decepción, como otros sufren.

Carmina.— Urbano, te pido que…

Urbano.— Más vale ser un triste obrero que un señorito inútil… Pero si tú me aceptas yo subiré. ¡Subiré, sí! ¡Porque cuando te tenga a mi lado me sentiré lleno de energías para trabajar! ¡Para trabajar por ti! Y me perfeccionaré en la mecánica y ganaré más. (*Ella asiente tristemente, en silencio, traspasada por el recuerdo de un momento semejante.*) Viviríamos juntos: tu madre, tú y yo. Le daríamos a la vieja un poco de alegría en los años que le quedasen de vida. Y tú me harías feliz. (*Pausa.*) Acéptame, te lo suplico.

Carmina.— ¡Eres muy bueno!

Urbano.— Carmina, te lo ruego. Consiente en ser mi novia. Déjame ayudarte con ese título.

Carmina.— (*Llora refugiándose en sus brazos.*) ¡Gracias, gracias!

Urbano.—*(Enajenado.*) Entonces… ¿Sí? (*Ella asiente.*) ¡Gracias yo a ti! ¡No te merezco!

(*Quedan un momento abrazados. Se separan con las manos cogidas. Ella le sonríe entre lágrimas.* **Paca** *sale de su casa. Echa una automática ojeada inquisitiva sobre el rellano y le parece ver algo en el «casinillo». Se acerca al IV para ver mejor, asomándose a la barandilla, y los reconoce.*)

Paca.— ¿Qué hacéis ahí?

Urbano.— (*Asomándose con* **Carmina**.) Le estaba explicando a Carmina… el entierro.

Paca.— Bonita conversación. (*A* **Carmina**.) ¿Dónde vas tú con el capacho?

Carmina.— A la compra.

Paca.— ¿No ha ido Trini por ti?

Carmina.— No…

Paca.— Se le habrá olvidado con la bronca. Quédate en casa, yo iré en tu lugar. (*A* **Urbano**, *mientras empieza a bajar.*) Acompáñalas, anda. (*Se detiene, fuerte.*) ¿No subís? (*Ellos se apresuraran a hacerlo.* **Paca** *baja y se cruza con la pareja en la escalera. A* **Carmina**,*cogiéndole el capacho.*) Dame el capacho. (*Sigue bajando. Se vuelve a mirarlos y ellos la miran también desde la puerta, confusos.* **Carmina** *abre con su llave, entran y cierran.* **Paca**, con *gesto expresivo.*) ¡Je! (*Cerca de la bajada, interpela por la barandilla a* **Trini**, *que sube.*) ¿Por qué no te has llevado el capacho de Generosa?

Trini.— (*Desde dentro.*) Se me pasó. A eso subía.

(*Aparece con su capacho vacío.*)

Paca.— Trae el capacho. Yo iré. Ve con tu padre, que tú sabes consolarle.

Trini.— ¿Qué le pasa?

Paca.— (*Suspirando.*) Nada… Lo de Rosa. (*Vuelve a suspirar.*) Dame el dinero. (**Trini** *le da unas monedas y se dispone a seguir.* **Paca**, *confidencial.*) Oye: ¿sabes que…?

(*Pausa.*)

Trini.— (*Deteniéndose.*) ¿Qué?

Paca.— Nada. Hasta luego.

(Se *va.* **Trini** *sube. Antes de llegar al segundo rellano sale de su casa el* **Señor Juan**, *que la ve cuando va a cerrar la puerta.*)

Trini.— ¿Dónde va usted?

Señor Juan.— A acompañar un poco a esas pobres mujeres. (*Pausa breve.*) ¿No has hecho la compra?

Trini.— (*Llegando a él.*) Bajó madre a hacerla.

Señor Juan.— Ya. (*Se dirige al I, en tanto que ella se dispone a entrar. Luego se para y se vuelve.*) ¿Viste cómo defendía Rosita a ese bandido?

Trini.— Sí, padre.

(*Pausa.*)

Señor Juan.— es indignante… Me da vergüenza que sea mi hija.

Trini.— Rosita no es mala, padre.

Señor Juan.— ¡Calla! ¿Qué sabes tú? (*Con ira.*) ¡Ni mentármela siquiera! ¡Y no quiero que la visites, ni que hables con ella! Rosita se terminó para nosotros… ¡Se terminó! (*Pausa.*) Debe de defenderse muy mal, ¿verdad? (*Pausa.*) Aunque a mí no me importa nada.

Trini.— (*Acercándose.*) Padre…

Señor Juan.— ¿Qué?

Trini.— Ayer Rosita me dijo… que su mayor pena era el disgusto que usted tenía.

Señor Juan.— ¡Hipócrita!

Trini.— Me lo dijo llorando, padre.

Señor Juan.— Las mujeres siempre tienen las lágrimas a punto. (*Pausa.*) Y… ¿qué tal se defiende?

Trini.— Muy mal. El sinvergüenza ese no gana y a ella le repugna… ganarlo de otro modo.

Señor Juan.— (*Dolorosamente.*) ¡No lo creo! ¡Esa golfa!… ¡Bah! ¡Es una golfa, una golfa!

Trini.— No, no, padre. Rosa es algo ligera, pero no ha llegado a eso. Se juntó con Pepe porque le quería… y aún le quiere. Y él siempre le está diciendo que debe

ganarlo, y siempre le amenaza con dejarla. Y… la pega.

Señor Juan.— ¡Canalla!

Trini.— Y Rosa no quiere que él la deje. Y tampoco quiere echarse a la vida… Sufre mucho.

Señor Juan.— ¡Todos sufrimos!

Trini.— Y, por eso, con lo poco que él le da alguna vez, le va dando de comer. Y ella apenas come. Y no cena nunca. ¿No se ha fijado usted en lo delgada que se ha quedado?

(*Pausa*.)

Señor Juan.— No.

Trini.— ¡Se ve en seguida! Y sufre porque él dice que está ya fea y… no viene casi nunca. (*Pausa.*) ¡La pobre Rosita terminará por echarse a la calle para que él no la abandone!

Señor Juan.— (*Exaltado.*) ¿Pobre? ¡No la llames pobre! Ella se lo ha buscado. (*Pausa. Va a marcharse y se para otra vez.*) Sufres mucho por ella, ¿verdad?

Trini.— Me da mucha pena, padre.

(*Pausa*.)

Señor Juan. — (*Con los ojos bajos.*) Mira, no quiero que sufras por ella. Ella no me importa nada, ¿comprendes? Nada. Pero tú sí. Y no quiero verte con esa preocupación. ¿Me entiendes?

Trini.— Sí, padre.

Señor Juan.— (*Turbado.*) Escucha. Ahí dentro tengo unos durillos… Unos durillos ahorrados del café y de las copas…

Trini.— ¡Padre!

Señor Juan.— ¡Calla y déjame hablar! Como el café y el vino no son buenos a la vejez…, pues los fui guardando. A mí, Rosa no me importa nada. Pero si te sirve de consuelo…, puedes dárselos.

Trini.— ¡Sí, sí, padre!

Señor Juan.— De modo que voy a buscarlos.

Trini.— ¡Qué bueno es usted!

Señor Juan.— (*Entrando.*) No, si lo hago por ti… (*Muy conmovida,* **Trini** *espera ansiosamente la vuelta de su padre mientras lanza expresivas ojeadas al IV. El* **Señor Juan** *torna con unos billetes en la mano. Contándolos y sin mirarla, se los da.*) Ahí tienes.

Trini.— Sí, padre.

Señor Juan.— (*Yendo hacia el I.*) Se los das, si quieres.

Trini.— Sí, padre.

Señor Juan.— Como cosa tuya, naturalmente.

Trini.— Sí.

Señor Juan.— (*Después de llamar en el I, con falsa autoridad.*) ¡Y que no se entere tu madre de esto!

Trini.— No, padre.

(**Urbano** *abre al* **Señor Juan.**)

Señor Juan.— ¡Ah! Estás aquí.

Urbano.— Sí, padre.

(El **Señor Juan** *entra y cierra.* **Trini** se *vuelve, llena de alegría y llama repetidas veces al IV. Después se da cuenta de que su casa ha quedado abierta; la cierra y torna a llamar. Pausa.* **Rosa** *abre.*)

Trini.— ¡Rosita!

Rosa.— Hola, Trini.

Trini.— ¡Rosita!

Rosa.— Te agradezco que vengas. Dispensa si antes te falté…

Trini.— ¡Eso no importa!

Rosa.— No me guardes rencor. Ya comprendo que hago mal defendiendo así a Pepe, pero…

Trini.— ¡Rosita! ¡Padre me ha dado dinero para ti!

Rosa.— ¿Eh?

Trini.— ¡Mira! (*Le enseña los billetes.*) ¡Toma! ¡Son para ti!

(*Se los pone en la mano.*)

Rosa.— (*Casi llorando.*) Trini, no…, no puede ser.

Trini.— Sí puede ser… Padre te quiere…

Rosa.— No me engañes, Trini. Ese dinero es tuyo.

Trini.— ¿Mío? No sé cómo. ¡Me lo dio él! ¡Ahora mismo me lo ha dado! **(rosa** *llora.*) Escucha cómo fue. (*La empuja para adentro.*) Él te nombró primero. Dijo que…

(*Entran y cierran. Pausa.* **Elvira** *y* **Fernando** *suben.* **Fernando** *lleva ahora al niño. Discuten.*)

Fernando.— Ahora entramos un minuto y les damos el pésame.

Elvira.— Ya te he dicho que no.

Fernando.— Pues antes querías.

Elvira.— Y tú no querías.

Fernando.— Sin embargo, es lo mejor. Compréndelo, mujer.

Elvira.— Prefiero no entrar.

Fernando.— Entraré yo solo entonces.

Elvira.— ¡Tampoco! Eso es lo que tú quieres: ver a Carmina y decirle cositas y

tonterías.

Fernando.— Elvira, no te alteres. Entre Carmina y yo terminó todo hace mucho tiempo.

Elvira.— No te molestes en fingir. ¿Crees que no me doy cuenta de las miraditas que le echas encima, y de cómo procuras hacerte el encontradizo con ella?

Fernando.— Fantasías.

Elvira.— ¿Fantasías? La querías y la sigues queriendo.

Fernando.— Elvira, sabes que yo te he…

Elvira.— ¡A mí nunca me has querido! Te casaste por el dinero de papá.

Fernando.— ¡Elvira!

Elvira.— Y, sin embargo, valgo mucho más que ella.

Fernando.— ¡Por favor! ¡Pueden escucharnos los vecinos!

Elvira.— No me importa.

(*Llegan al descansillo.*)

Fernando.— Te juro que Carmina y yo no…

Elvira.— (*Dando pataditas en el suelo.*) ¡No me lo creo! ¡Y eso se tiene que acabar! (*Se dirige a su casa, mas él se queda junto al I.*) ¡Abre!

Fernando.— Vamos a dar el pésame; no seas terca.

Elvira.— Que no, te digo.

(*Pausa. Él se aproxima.*)

Fernando.— Toma a Fernandito.

(*Se lo da y se dispone a abrir.*)

Elvira.— (*En voz baja y violenta.*) ¡Tú tampoco vas! ¿Me has oído? (*Él abre la puerta sin contestar.)* ¿Me has oído?

Fernando.— ¡Entra!

Elvira.— ¡Tú antes! (*Se abre el I y aparecen* **Carmina** *y* **Urbano.** Están con *las manos enlazadas, en una actitud clara. Ante la sorpresa de* **Fernando, Elvira** *vuelve a cerrar la puerta y se dirige a ellos, sonriente.*) ¡Qué casualidad, Carmina! Salíamos precisamente para ir a casa de ustedes.

Carmina.— Muchas gracias.

(*Ha intentado desprenderse, pero* **Urbano** *la retiene.*)

Elvira.— (*Con cara de circunstancias.*) Sí, hija… Ha sido muy lamentable… Muy sensible.

Fernando.— (*Reportado.*) Mi mujer y yo les acompañamos, sinceramente, en el sentimiento.

Carmina.— (*Sin mirarle.*) Gracias.

(*La tensión aumenta, inconteniblemente, entre los cuatro.*)

Elvira.— ¿Su madre está dentro?

Carmina.— Sí; háganme el favor de pasar. Yo entro en seguida. (Con vivacidad.) En cuanto me despida de Urbano.

Elvira.— ¿Vamos, Fernando? (*Ante el silencio de él.*) No te preocupes, hombre. (*A* **Carmina.**) Está preocupado porque al nene le toca ahora la teta. (*Con una tierna mirada para* **Fernando.**) Se desvive por su familia. (*A* **Carmina.**) Le daré el pecho en su casa. No le importa, ¿verdad?

Carmina.— Claro que no.

Elvira.— Mire qué rico está mi Fernandito. (**Carmina** *se acerca después de lograr desprenderse de* **Urbano**.) Dormidito. No tardará en chillar y pedir lo suyo.

Carmina.— Es una monada.

Elvira.— Tiene toda la cara de su padre. (*A* **Fernando**.) Sí, sí; aunque te empeñes en que no. (*A* **Carmina**.) Él asegura que es igual a mí. Le agrada mucho que se parezca a mí. Es a él a quien se parece, ¿no cree?

Carmina.— Pues… no sé. ¿Tú qué crees, Urbano?

Urbano.— No entiendo mucho de eso. Yo creo que todos los niños pequeños se parecen.

Fernando.— (*A* **Urbano**.) Claro que sí. Elvira exagera. Lo mismo puede parecerse a ella, que… a Carmina, por ejemplo.

Elvira.— (*Violenta.*) ¡Ahora dices eso! ¡Pues siempre estás afirmando que es mi vivo retrato!

Carmina.— Por lo menos, tendrá el aire de familia. ¡Decir que se parece a mí! ¡Qué disparate!

Urbano.— ¡Completo!

Carmina. —*(Al borde del llanto.*) Me va usted a hacer reír, Fernando, en un día como éste.

Urbano.— (Con *ostensible solicitud.*) Carmina, por favor, no te afectes. (*A* **Fernando**.) ¡Es muy sensible!

(**Fernando** *asiente.*)

Carmina.— (*Con falsa ternura.*) Gracias, Urbano.

Urbano.— (*Con intención.*) Repórtate. Piensa en cosas más alegres… Puedes hacerlo…

Fernando.— (*Con la insolencia de un antiguo novio.*) Carmina fue siempre muy sensible.

Elvira.— (*Que lee en el corazón de la otra.*) Pero hoy tiene motivo para entristecerse. ¿Entramos, Fernando?

Fernando.— (*Tierno.*) Cuando quieras, nena.

Urbano.— Déjalos pasar, nena.

(*Y aparta a* **Carmina**, *con triunfal solicitud que brinda a* **Fernando**, *para dejar pasar al matrimonio.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

Pasaron velozmente veinte años más. Es ya nuestra época. La escalera sigue siendo una humilde escalera de vecinos. El casero ha pretendido, sin éxito, disfrazar su pobreza con algunos nuevos detalles concedidos despaciosamente a lo largo del tiempo: la ventana tiene ahora cristales romboidales coloreados, y en la pared del segundo rellano, frente al tramo, puede leerse la palabra QUINTO en una placa de metal. Las puertas han sido dotadas de timbre eléctrico, y las paredes, blanqueadas.

(*Una viejecita consumida y arrugada, de obesidad malsana y cabellos completamente blancos, desemboca, fatigada, en el primer rellano. Es* **Paca.** *Camina lentamente, apoyándose en la barandilla, y lleva en la otra mano un capacho lleno de bultos.*)

Paca.— (*Entrecortadamente.*) ¡Qué vieja estoy! (*Acaricia la barandilla.*) ¡Tan vieja como tú! ¡Uf! (*Pausa.*) ¡Y qué sola! Ya no soy nada para mis hijos ni para mi nieta. ¡Un estorbo! (*Pausa.*) ¡Pues no me da la gana de serlo, demonio! (*Pausa. Resollando.*) ¡Hoj! ¡Qué escalerita! Ya podía poner ascensor el ladrón del casero. Hueco no falta. Lo que falta son ganas de rascarse el bolsillo. (*Pausa.*) En cambio, mi Juan la subía de dos en dos… hasta el día mismo de morirse. Y yo, que no puedo con ella…, no me muero ni con polvorones. (*Pausa.*) Bueno, y ahora que no me oye nadie. ¿Yo quiero o no quiero morirme? (*Pausa.*) Yo no quiero morirme. (*Pausa.*) Lo que quiero (*Ha llegado al segundo rellano y dedica una ojeada al I),* es poder charlar con Generosa, y con Juan… (*Pausa. Se encamina a su puerta.*) ¡Pobre Generosa! ¡Ni los huesos quedarán! (*Pausa. Abre con su llave. Al entrar.*) ¡Y que me haga un poco más de caso mi nieta, demonio!

(*Cierra. Pausa. Del IV sale un* **Señor bien vestido.** *Al pasar frente al I sale de éste un* **Joven bien vestido**.)

Joven.— Buenos días.

Señor.— Buenos días. ¿A la oficina?

Joven.— Sí, señor. ¿Usted también?

Señor.— Lo mismo. (*Bajan emparejados.*) ¿Y esos asuntos?

Joven.— Bastante bien. Saco casi otro sueldo. No me puedo quejar. ¿Y usted?

Señor.— Marchando. Sólo necesitaría que alguno de estos vecinos antiguos se mudase, para ocupar un exterior. Después de desinfectarlo y pintarlo, podría recibir gente.

Joven.— Sí, señor. Lo mismo queremos nosotros.

Señor.— Además, que no hay derecho a pagar tantísimo por un interior, mientras ellos tienen los exteriores casi de balde.

Joven.— Como son vecinos tan antiguos…

Señor.— Pues no hay derecho. ¿Es que mi dinero vale menos que el de ellos?

Joven.— Además, que son unos indeseables.

Señor.— No me hable. Si no fuera por ellos… Porque la casa, aunque muy vieja, no está mal.

Joven.— No. Los pisos son amplios.

Señor.— Únicamente la falta de ascensor.

Joven.— Ya lo pondrán. (*Pausa breve.*) ¿Ha visto los nuevos modelos de automóvil?

Señor.— Son magníficos.

Joven.— ¡Magníficos! Se habrá fijado en que la carrocería es completamente…

(*Se van charlando. Pausa. Salen del III* **Urbano** *y* **Carmina.** Son *ya casi viejos. Ella se prende familiarmente de su brazo y bajan. Cuando están a la mitad del tramo, suben por la izquierda* **Elvira** *y* **Fernando***, también del brazo y con las huellas de la edad. Socialmente, su aspecto no ha cambiado: son dos viejos matrimonios, de obrero uno y el otro de empleado. Al cruzarse, se saludan secamente.* **Carmina** *y* **Urbano** *bajan.* **Elvira** *y* **Fernando** *llegan en silencio al II y él llama al timbre.*)

Elvira.— ¿Por qué no abres con el llavín?

Fernando.— Manolín nos abrirá.

(*La puerta es abierta por* **Manolín***, un chico de unos doce años.*)

Manolín.— (*Besando a su padre.*) Hola, papá.

Fernando.— Hola, hijo.

Manolín.— (*Besando a su madre.*) Hola, mamá.

Elvira.— Hola.

(**Manolín** *se mueve a su alrededor por ver si traen algo.*)

Fernando.— ¿Qué buscas?

Manolín.— ¿No traéis nada?

Fernando.— Ya ves que no.

Manolín.— ¿Los traerán ahora?

Elvira.— ¿El qué?

Manolín.— ¡Los pasteles!

Fernando.— ¿Pasteles? No, hijo. Están muy caros.

Manolín.— ¡Pero, papá! ¡Hoy es mi cumpleaños!

Fernando.— Sí, hijo. Ya lo sé.

Elvira.— Y te guardamos una sorpresa.

Fernando.— Pero pasteles no pueden ser.

Manolín.— Pues yo quiero pasteles.

Fernando.— No puede ser.

Manolín.— ¿Cuál es la sorpresa?

Elvira.— Ya la verás luego. Anda adentro.

Manolín.— (*Camino de la escalera.*) No.

Fernando.— ¿Dónde vas tú?

Manolín.— A jugar.

Elvira.— No tardes.

Manolín.— No. Hasta luego. (*Los padres cierran. Él baja los peldaños y se detiene en el «casinillo». Comenta.*) ¡Qué roñosos!

(*Se encoge de hombros y, con cara de satisfacción, saca un cigarrillo. Tras una furtiva ojeada hacia arriba, saca una cerilla y la enciende en la pared. Se pone a fumar muy complacido. Pausa. Salen del III* **Rosa** *y* **Trini***: una pareja notablemente igualada por las arrugas y la tristeza que la desilusión y las penas han puesto en sus rostros.* **Rosa** *lleva un capacho.*)

Trini.— ¿Para qué vienes, mujer? ¡Si es un momento!

Rosa.— Por respirar un poco el aire de la calle. Me ahogo en casa. (*Levantando el capacho.*) Además, te ayudaré.

Trini.— Ya ves: yo prefiero, en cambio, estarme en casa.

Rosa.— Es que… no me gusta quedarme sola con madre. No me quiere bien.

Trini.— ¡Qué disparate!

Rosa.— Sí, sí… Desde aquello.

Trini.— ¿Quién se acuerda ya de eso?

Rosa.— ¡Todos! Siempre lo recordamos y nunca hablamos de ello.

Trini.— (*Con un suspiro.*) Déjalo. No te preocupes.

(**Manolín***, que la ve bajar, se interpone en su camino y la saluda con alegría. Ellas se paran.*)

Manolín.— ¡Hola, Trini!

Trini.— (*Cariñosa.*) ¡Mala pieza! (*Él lanza al aire, con orgullo, una bocanada de humo.*) ¡Madre mía! ¿Pues no está fumando? ¡Tira eso en seguida, cochino!

(*Intenta tirarle el cigarrillo de un manotazo y él se zafa.*)

Manolín.— ¡Es que hoy es mi cumpleaños!

Trini.— ¡Caramba! ¿Y cuántos cumples?

Manolín.— Doce. ¡Ya soy un hombre!

Trini.— Si te hago un regalo, ¿me lo aceptarás?

Manolín.— ¿Qué me vas a dar?

Trini.— Te daré dinero para que te compres un pastel.

Manolín.— Yo no quiero pasteles.

Trini.— ¿No te gustan?

Manolín.— No. Prefiero que me regales una cajetilla de tabaco.

Trini.— ¡Ni lo sueñes! Y tira ya eso.

Manolín.— No quiero. (*Pero ella consigue tirarle el cigarrillo.*) Oye, Trini… Tú me quieres mucho, ¿verdad?

Trini.— Naturalmente.

Manolín.— Oye… quiero preguntarte una cosa.

(*Mira de reojo a* **Rosa** *y trata de arrastrar a* **Trini** *hacia el «casinillo».*)

Trini.— ¿Dónde me llevas?

Manolín.— Ven. No quiero que me oiga Rosa.

Rosa.— ¿Por qué? Yo también te quiero mucho. ¿Es que no me quieres tú?

Manolín.— No.

Rosa.— ¿Por qué?

Manolín.— Porque eres vieja y gruñona.

(**Rosa** se *muerde los labios y se separa hacia la barandilla.*)

Trini.— (*Enfadada.*) ¡Manolín!

Manolín.— (*Tirando de* **Trini**.) Ven… (*Ella le sigue, sonriente. Él la detiene con mucho misterio.*) ¿Te casarás conmigo cuando sea mayor?

(**Trini** *rompe a reír.* **Rosa**, *con cara triste, los mira desde la barandilla.*)

Trini.—(*Risueña, a su hermana.*) ¡Una declaración!

Manolín.— (*Colorado.*) No te rías y contéstame.

Trini.— ¡Qué tontería! ¿No ves que ya soy vieja?

Manolín.— No.

Trini.— (*Conmovida.*) Sí, hijo, sí. Y cuando tú seas mayor, yo seré una ancianita.

Manolín.— No me importa. Yo te quiero mucho.

Trini.— (Muy *emocionada y sonriente, le coge la cara entre las manos y le besa.*) ¡Hijo! ¡Qué tonto eres! ¡Tonto! (*Besándole.*) No digas simplezas. ¡Hijo! (*Besándole.*) ¡Hijo!

(Se *separa y va ligera a emparejar con* **Rosa**.)

Manolín.— Oye…

Trini.— (Conduciendo *a* **Rosa**, *que sigue seria.*) ¡Calla, simple! Y ya veré lo que te regalo: si un pastel… o una cajetilla.

(Se van *rápidas.* **Manolín** *las ve bajar y luego, dándose mucha importancia, saca otro cigarrillo y otra cerilla. Se sienta en el suelo del «casinillo» y fuma despacio, perdido en sus imaginaciones de niño. Se abre el III y sale* **Carmina**, *hija de* **Carmina** *y de* **Urbano.** Es una *atolondrada chiquilla de unos dieciocho años.*

Paca *la despide desde la puerta.*)

Carmina, Hija.— Hasta luego, abuela. (*Avanza dando fuertes golpes en la barandilla, mientras tararea.*) La, ra, ra…, la, ra, ra…

Paca.— ¡Niña!

Carmina, Hija.—*(Volviéndose.*) ¿Qué?

Paca.— No des así en la barandilla. ¡La vas a romper! ¿No ves que está muy vieja?

Carmina, Hija.— Que pongan otra.

Paca.— Que pongan otra… Los jóvenes, en cuanto una cosa está vieja, sólo sabéis tirarla. ¡Pues las cosas viejas hay que conservarlas! ¿Te enteras?

Carmina, Hija.— A ti, como eres vieja, te gustan las vejeces.

Paca.— Lo que quiero es que tengas más respeto para… la vejez.

Carmina, Hija.— (Que se *vuelve rápidamente y la abruma a besos.*) ¡Boba! ¡Vieja guapa!

Paca.— (*Ganada, pretende desasirse.*) ¡Quita, quita, hipócrita! ¡Ahora vienes con cariñitos!

Carmina, Hija.— Anda para adentro.

Paca.— ¡Qué falta de vergüenza! ¿Crees que vas a mandar en mí? (*Forcejean.*) ¡Déjame!

Carmina, Hija.— Entra…

(*La resistencia de* **Paca** *acaba en una débil risilla de anciana.*)

Paca.— (*Vencida.*) ¡No te olvides de comprar ajos!

(**Carmina** *cierra la puerta en sus narices. Vuelve a bajar, rápida, sin dejar sus golpes al pasamanos ni su tarareo. La puerta del II se abre por* **Fernando**, *hijo de* **Fernando** *y* **Elvira.** *Sale en mangas de camisa. Es arrogante y pueril. Tiene veintiún años.*)

Fernando, Hijo.— Carmina.

(*Ella, en los primeros escalones aún, se inmoviliza y calla, temblorosa, sin volver la cabeza. Él baja en seguida a su altura.* **Manolín** *se disimula y escucha con infantil picardía.*)

Carmina, Hija.— ¡Déjame, Fernando! Aquí, no. Nos pueden ver.

Fernando, Hijo.— ¡Qué nos importa!

Carmina, Hija.— Déjame.

(*Intenta seguir. Él la detiene con brusquedad.*)

Fernando, Hijo.— ¡Escúchame, te digo! ¡Te estoy hablando!

Carmina, Hija.— (*Asustada.*) Por favor, Fernando.

Fernando, Hijo. — No. Tiene que ser ahora. Tienes que decirme en seguida

por qué me has esquivado estos días. (*Ella mira, angustiada, por el hueco de la escalera.*) ¡Vamos, contesta! ¿Por qué? (*Ella mira a la puerta de su casa.*) ¡No mires más! No hay nadie.

Carmina, Hija.— Fernando, déjame ahora. Esta tarde podremos vernos donde el último día.

Fernando, Hijo.— De acuerdo. Pero ahora me vas a decir por qué no has venido estos días.

(*Ella consigue bajar unos peldaños más. Él la retiene y la sujeta contra la barandilla.*)

Carmina, Hija.— ¡Fernando!

Fernando, Hijo. —¡Dímelo! ¿Es que ya no me quieres? (*Pausa.*) No me has querido nunca, ¿verdad? Ésa es la razón. ¡Has querido coquetear conmigo, divertirte conmigo!

Carmina, Hija.— No, no…

Fernando, Hijo.— Sí. Eso es. (*Pausa.*) ¡Pues no te saldrás con la tuya!

Carmina, Hija.— Fernando, yo te quiero. ¡Pero déjame! ¡Lo nuestro no puede ser!

Fernando, Hijo.— ¿Por qué no puede ser?

Carmina, Hija.— Mis padres no quieren.

Fernando, Hijo.— ¿Y qué? Eso es un pretexto. ¡Un mal pretexto!

Carmina, Hija.— No, no…, de verdad. Te lo juro.

Fernando, Hijo.— Si me quisieras de verdad no te importaría.

Carmina, Hija.—*(Sollozando.*) Es que… me han amenazado y… me han pegado…

Fernando, Hijo.— ¡Cómo!

Carmina, Hija. — Sí. Y hablan mal de ti… y de tus padres… ¡Déjame, Fernando! (*Se desprende. Él está paralizado.*) Olvida lo nuestro. No puede ser… Tengo miedo…

(*Se va rápidamente, llorosa.* **Fernando** *llega hasta el rellano y la mira bajar, abstraído. Después se vuelve y ve a* **Manolín.** *Su expresión se endurece.*)

Fernando, Hijo.— ¿Qué haces aquí?

Manolín.— (*Muy divertido.*) Nada.

Fernando, Hijo.— Anda para casa.

Manolín.— No quiero.

Fernando, Hijo.— ¡Arriba, te digo!

Manolín..— Es mi cumpleaños y hago lo que quiero. ¡Y tú no tienes derecho a mandarme!

(*Pausa.*)

Fernando, Hijo.— Si no fueras el favorito… ya te daría yo cumpleaños.

(*Pausa. Comienza a subir mirando a* **Manolín** *con suspicacia. Éste contiene con trabajo la risa.*)

Manolín.— (*Envalentonado.*) ¡Qué entusiasmado estás con Carmina!

Fernando, Hijo.— (*Bajando al instante.*) ¡Te voy a cortar la lengua!

Manolín.— (*Con regocijo.*) ¡Parecíais dos novios de película! (*En tono cómico.*) «¡No me abandones, Nelly! ¡Te quiero, Bob!» (**Fernando** *le da una bofetada. A* **Manolín** se *le saltan las lágrimas y se esfuerza, rabioso, en patear las espinillas y los pies de su hermano.*) ¡Bruto!

Fernando, Hijo.— (*Sujetándole.*) ¿Qué hacías en el «casinillo»?

Manolín.— ¡No te importa! ¡Bruto! ¡Idiota!… ¡¡Romántico!!

Fernando, Hijo.— Fumando, ¿eh? (*Señala las colillas en el suelo.*) Ya verás cuando se entere papá.

Manolín.— ¡Y yo le diré que sigues siendo novio de Carmina!

Fernando, Hijo.— (*Apretándole un brazo.*) ¡Qué bien trasteas a los padres, marrano, hipócrita! ¡Pero los pitillos te van a costar caros!

Manolín.— (*Que se desase y sube presuroso el tramo.*) ¡No te tengo miedo! Y diré lo de Carmina. ¡Lo diré ahora mismo!

(*Llama con apremio al timbre de su casa.*)

Fernando, Hijo.— (*Desde la barandilla del primer rellano.*) ¡Baja, chivato!

Manolín.— No. Además, esos pitillos no son míos.

Fernando, Hijo.— ¡Baja!

(**Fernando**, *el padre, abre la puerta.*)

Manolín.— ¡Papá, Fernando estaba besándose con Carmina en la escalera!

Fernando, Hijo.— ¡Embustero!

Manolín.— Sí, papá. Yo no los veía porque estaba en el «casinillo»; pero…

Fernando.— (*A* **Manolín.**) Pasa para dentro.

Manolín.— Papá, te aseguro que es verdad.

Fernando.— Adentro. (*Con un gesto de burla a su hermano,* **Manolín** *entra.*) Y tú, sube.

Fernando, Hijo.— Papá, no es cierto que me estuviera besando con Carmina.

(*Empieza a subir.*)

Fernando.— ¿Estabas con ella?

Fernando, Hijo.— Sí.

Fernando.— ¿Recuerdas que te hemos dicho muchas veces que no tontearas con ella?

Fernando, Hijo.— (*Que ha llegado al rellano.*) Sí.

Fernando.— Y has desobedecido…

Fernando, Hijo.— Papá… Yo…

Fernando.— Entra. (*Pausa.*) ¿Has oído?

Fernando, Hijo.—*(Rebelándose.*) ¡No quiero! ¡Se acabó!

Fernando.— ¿Qué dices?

Fernando, Hijo.— ¡No quiero entrar! ¡Ya estoy harto de vuestras estúpidas prohibiciones!

Fernando.— (*Conteniéndose.*) Supongo que no querrás escandalizar para los vecinos…

Fernando, Hijo. — ¡No me importa! ¡También estoy harto de esos miedos! (**Elvira**, *avisada sin duda por* **Manolín**, *sale a la puerta.*) ¿Por qué no puedo hablar con Carmina, vamos a ver? ¡Ya soy un hombre!

Elvira.— (*Que interviene con acritud.*) ¡No para Carmina!

Fernando.— (*A* **Elvira**.) ¡Calla! (*A su hijo.*) Y tú, entra. Aquí no podemos dar voces.

Fernando, Hijo.— ¿Qué tengo yo que ver con vuestros rencores y vuestros viejos prejuicios? ¿Por qué no vamos a poder querernos Carmina y yo?

Elvira.— ¡Nunca!

Fernando.— No puede ser, hijo.

Fernando, Hijo.— Pero ¿por qué?

Fernando.— Tú no lo entiendes. Pero entre esa familia y nosotros no puede haber noviazgos.

Fernando, Hijo.— Pues os tratáis.

Fernando.— Nos saludamos, nada más. (*Pausa.*) A mí, realmente, no me importaría demasiado. Es tu madre…

Elvira.— Claro que no. ¡Ni hablar de la cosa!

Fernando.— Los padres de ella tampoco lo consentirían. Puedes estar seguro.

Elvira.— Y tú debías ser el primero en prohibírselo, en vez de halagarle con esas blanduras improcedentes.

Fernando.— ¡Elvira!

Elvira.— ¡Improcedentes! (*A su hijo.*) Entra, hijo.

Fernando, Hijo. — Pero, mamá… Papá… ¡Cada vez lo entiendo menos! Os empeñáis en no comprender que yo… ¡no puedo vivir sin Carmina!

Fernando.— Eres tú el que no nos comprendes. Yo te lo explicaré todo, hijo.

Elvira.— ¡No tienes que explicar nada! (*A su hijo.*) Entra.

Fernando.— Hay que explicarle, mujer… (*A su hijo.*) Entra, hijo.

Fernando, Hijo.—*(Entrando, vencido.*) No os comprendo… No os

comprendo…

(*Cierran, Pausa.* **Trini** *y* **Rosa** *vuelven de la compra.*)

Trini.— ¿Y no le has vuelto a ver?

Rosa.— ¡Muchas veces! Al principio no me saludaba, me evitaba. Y yo, como una tonta, le buscaba. Ahora es al revés.

Trini.— ¿Te busca él?

Rosa.— Ahora me saluda, y yo a él no. ¡Canalla! Me ha entretenido durante años para dejarme cuando ya no me mira a la cara nadie.

Trini.— Estará ya viejo…

Rosa.— ¡Muy viejo! Y muy gastado. Porque sigue bebiendo y trasnochando…

Trini.— ¡Qué vida!

Rosa.— Casi me alegro de no haber tenido hijos con él. No habrían salido sanos. (*Pausa.*) ¡Pero yo hubiera querido tener un niño, Trini! Y hubiera querido que él no fuese como era… y que el niño se le hubiese parecido.

Trini.— Las cosas nunca suceden a nuestro gusto.

Rosa.— No. (*Pausa.*) ¡Pero, al menos, un niño! ¡Mi vida se habría llenado con un niño!

(Pausa.)

Trini.—… La mía también.

Rosa.— ¿Eh? (*Pausa breve.*) Claro. ¡Pobre Trini! ¡Qué lástima que no te hayas casado!

Trini.— (*Deteniéndose, sonríe con pena.*) ¡Qué iguales somos en el fondo tú y yo!

Rosa.— Todas las mujeres somos iguales en el fondo.

Trini.— Sí… Tú has sido el escándalo de la familia y yo la víctima. Tú quisiste vivir tu vida y yo me dediqué a la de los demás. Te juntaste con un hombre y yo sólo conozco el olor de los de la casa… Ya ves: al final hemos venido a fracasar de igual manera.

(**Rosa** *la enlaza y aprieta suavemente el talle.* **Trini** *la imita. Llegan enlazadas a la puerta.*)

Rosa.— (*Suspirando.*) Abre…

Trini.— (*Suspirando.*) Sí… Ahora mismo.

(*Abre con el llavín y entran. Pausa. Suben* **Urbano, Carmina** *y* su *hija. El padre viene riñendo a la muchacha, que atiende tristemente sumisa. La madre se muestra jadeante y muy cansada.*)

Urbano.— ¡Y no quiero que vuelvas a pensar en Fernando! Es como su padre: un inútil.

Carmina.— ¡Eso!

Urbano.— Más de un pitillo nos hemos fumado el padre y yo ahí mismo (*Señala al «casinillo»),* cuando éramos jóvenes. Me acuerdo muy bien. Tenía muchos pajaritos en la cabeza. Y su hijo es como él: un gandul. Así es que no quiero ni oírte su nombre. ¿Entendido?

Carmina, Hija.— Sí, padre.

(*La madre se apoya, agotada, en el pasamanos.*)

Urbano.— ¿Te cansas?

Carmina.— Un poco.

Urbano.— Un esfuerzo. Ya no queda nada. (*A la hija, dándole la llave.*) Toma, ve abriendo. (*Mientras la muchacha sube y entra, dejando la puerta entornada.*) ¿Te duele el corazón?

Carmina.— Un poquillo…

Urbano.— ¡Dichoso corazón!

Carmina.— No es nada. Ahora se pasará.

(*Pausa.*)

Urbano.— ¿Por qué no quieres que vayamos a otro médico?

Carmina.— (*Seca.*) Porque no.

Urbano.— ¡Una testarudez tuya! Puede que otro médico consiguiese…

Carmina.— Nada. Esto no tiene arreglo; es de la edad… y de las desilusiones.

Urbano.— ¡Tonterías! Podíamos probar…

Carmina.— ¡Qué no! ¡Y déjame en paz!

(*Pausa.*)

Urbano.— ¿Cuándo estaremos de acuerdo tú y yo en algo?

Carmina.— (*Con amargura.*) Nunca.

Urbano.— Cuando pienso lo que pudiste haber sido para mí… ¿Por qué te casaste conmigo si no me querías?

Carmina.— (*Seca.*) No te engañé. Tú te empeñaste.

Urbano.— Sí. Supuse que podría hacerte olvidar otras cosas… Y esperaba más correspondencia, más…

Carmina.— Más agradecimiento.

Urbano.— No es eso. (*Suspira.*) En fin, paciencia.

Carmina.— Paciencia.

(**Paca** se asoma *y los mira. Con voz débil, que contrasta con la fuerza de una pregunta igual hecha veinte años antes.*)

Paca.— ¿No subís?

Urbano.— Sí.

Carmina.— Sí. Ahora mismo.

(**Paca** se *mete.*)

Urbano.— ¿Puedes ya?

Carmina.— Sí.

(**Urbano** *le da el brazo. Suben lentamente, silenciosos. De peldaño en peldaño se oye la dificultosa respiración de ella. Llegan finalmente y entran. A punto de cerrar,* **Urbano** *ve a* **Fernando**, *el padre, que sale del II y emboca la escalera. Vacila un poco y al fin se decide a llamarle cuando ya ha bajado unos peldaños.*)

Urbano.— Fernando.

Fernando.— (*Volviéndose.*) Hola. ¿Qué quieres?

Urbano.— Un momento. Haz el favor.

Fernando.— Tengo prisa.

Urbano.— Es sólo un minuto.

Fernando.— ¿Qué quieres?

Urbano.— Quiero hablarte de tu hijo.

Fernando.— ¿De cuál de los dos?

Urbano.— De Fernando.

Fernando.— ¿Y qué tienes que decir de Fernando?

Urbano.— Que harías bien impidiéndole que sonsacase a mi Carmina.

Fernando.— ¿Acaso crees que me gusta la cosa? Ya le hemos dicho todo lo necesario. No podemos hacer más.

Urbano.— ¿Luego lo sabías?

Fernando.— Claro que lo sé. Haría falta estar ciego…

Urbano.— Lo sabías y te alegrabas, ¿no?

Fernando.— ¿Qué me alegraba?

Urbano.— ¡Sí! Te alegrabas. Te alegrabas de ver a tu hijo tan parecido a ti mismo… De encontrarle tan irresistible como lo eras tú hace treinta años.

(*Pausa.*)

Fernando.— No quiero escucharte. Adiós. (*Va a marcharse.*)

Urbano.— ¡Espera! Antes hay que dejar terminada esta cuestión. Tu hijo…

Fernando.— (*Sube y se enfrenta con él.*) Mi hijo es una víctima, como lo fui yo. A mi hijo le gusta Carmina porque ella se le ha puesto delante. Ella es quien le saca de sus casillas. Con mucha mayor razón podría yo decirte que la vigilases.

Urbano.— ¡Ah, en cuanto a ella puedes estar seguro! Antes la deslomo que permitir que se entienda con tu Fernandito. Es a él a quien tienes que sujetar y encarrilar. Porque es como tú eras: un tenorio y un vago.

Fernando.— ¿Yo un vago?

Urbano.— Sí. ¿Dónde han ido a parar tus proyectos de trabajo? No has sabido

hacer más que mirar por encima del hombro a los demás. ¡Pero no te has emancipado, no te has libertado! (*Pegando en el pasamanos.*) ¡Sigues amarrado a esta escalera, como yo, como todos!

Fernando.— Sí, como tú. También tú ibas a llegar muy lejos con el sindicato y la solidaridad. (*Irónico.*) Ibais a arreglar las cosas para todos… Hasta para mí.

Urbano.— ¡Sí! ¡Hasta para los zánganos y cobardes como tú!

(**Carmina,** la *madre, sale al descansillo después de escuchar un segundo e interviene. El altercado crece en violencia hasta su final.*)

Carmina.— ¡Eso! ¡Un cobarde! ¡Eso es lo que has sido siempre! ¡Un gandul y un cobarde!

Urbano.— ¡Tú, cállate!

Carmina.— ¡No quiero! Tenía que decírselo. (*A* **Fernando**.) ¡Has sido un cobarde toda tu vida! Lo has sido para las cosas más insignificantes… y para las más importantes. (*Lacrimosa.*) ¡Te asustaste como una gallina cuando hacía falta ser un gallo con cresta y espolones!

Urbano.—*(Furioso.*) ¡Métete para adentro!

Carmina.— ¡No quiero! (*A* **Fernando**.) Y tu hijo es como tú: un cobarde, un vago y un embustero. Nunca se casará con mi hija, ¿entiendes?

(*Se detiene, jadeante.*)

Fernando.— Ya procuraré yo que no haga esa tontería.

Urbano.— Para vosotros no sería una tontería, porque ella vale mil veces más que él.

Fernando.— Es tu opinión de padre. Muy respetable. (*Se abre el II y aparece* **Elvira**, *que escucha y los contempla.*) Pero Carmina es de la pasta de su familia. Es como Rosita…

Urbano.— (*Que se acerca a él rojo de rabia.*) Te voy a…

(*Su mujer le sujeta.*)

Fernando.— ¡Sí! ¡A tirar por el hueco de la escalera! Es tu amenaza favorita. Otra de las cosas que no has sido capaz de hacer con nadie.

Elvira.—*(Avanzando.) ¿Por* qué te avienes a discutir con semejante gentuza? (**Fernando, Hijo,** *y* **Manolín**, *ocupan la puerta y presencian la escena con disgustado asombro.*) Vete a lo tuyo.

Carmina.— ¡Una gentuza a la que no tiene usted derecho a hablar!

Elvira.— Y no la hablo.

Carmina.— ¡Debería darle vergüenza! ¡Porque usted tiene la culpa de todo esto!

Elvira.— ¿Yo?

Carmina.— Sí, usted, que ha sido siempre una zalamera y una entrometida…

Elvira.— ¿Y usted qué ha sido? ¡Una mosquita muerta! Pero le salió mal la combinación.

Fernando.— (*A su mujer.*) Estáis diciendo muchas tonterías…

(**Carmina, Hija; Paca, rosa** *y* **Trini** se *agolpan en su puerta.*)

Elvira.— ¡Tú te callas! (*A* **Carmina**, *por* **Fernando.**) ¿Cree usted que se lo quité? ¡Se lo regalaría de buena gana!

Fernando.— ¡Elvira, cállate! ¡Es vergonzoso!

Urbano.— (*A su mujer.*) ¡Carmina, no discutas eso!

Elvira.— (*Sin atender a su marido.*) Fue usted, que nunca supo retener a nadie, que no ha sido capaz de conmover a nadie… ni de conmoverse.

Carmina.— ¡Usted, en cambio, se conmovió a tiempo! ¡Por eso se lo llevó!

Elvira.— ¡Cállese! ¡No tiene derecho a hablar! Ni usted ni nadie de su familia puede rozarse con personas decentes. Paca ha sido toda su vida una murmuradora… y una consentidora. (*A* **Urbano**.) ¡Cómo usted! Consentidores de los caprichos de Rosita… ¡Una cualquiera!

Rosa.— ¡Deslenguada! ¡Víbora!

(Se *abalanza y la agarra del pelo. Todos vocean.* **Carmina** *pretende pegar a* **Elvira. Urbano** *trata de separarlas.* **Fernando** su*jeta a su mujer. Entre los dos consiguen separarlas a medias.* **Fernando, Hijo**, *con el asco y la amargura pintados en su faz, avanza despacio por detrás del grupo y baja los escalones, sin dejar de mirar, tanteando la pared a sus espaldas. Con desesperada actitud sigue escuchando desde el «casinillo» la disputa de los mayores.*)

Fernando.— ¡Basta! ¡Basta ya!

Urbano.— (*A los suyos.*) ¡Adentro todos!

Rosa.— (*A* **Elvira**.) ¡Si yo me junté con Pepe y me salió mal, usted cazó a Fernando!

Elvira.— ¡Yo no he cazado a nadie!

Rosa.— ¡A Fernando!

Carmina.— ¡Sí! ¡A Fernando!

Rosa.— Y le ha durado. Pero es tan chulo como Pepe.

Fernando.— ¿Cómo?

Urbano.— (*Enfrentándose con él.*) ¡Claro que sí! ¡En eso llevan razón! Has sido un cazador de dotes. En el fondo, igual que Pepe. ¡Peor! ¡Porque tú has sabido nadar y guardar la ropa!

Fernando.— ¡No te parto la cabeza porque…!

(*Las mujeres los sujetan ahora.*)

Urbano.— ¡Porque no puedes! ¡Porque no te atreves! ¡Pero a tu niño se la partiré yo como le vea rondar a Carmina!

Paca.— ¡Eso! ¡A limpiarse de mi nieta!

Urbano.— (*Con grandes voces.*) ¡Y se acabó! ¡Adentro todos!

(*Los empuja rudamente.*)

Rosa.— (*Antes de entrar, a* **Elvira**.) ¡Pécora!

Carmina.— (*Lo mismo.*) ¡Enredadora!

Elvira.— ¡Escandalosas! ¡Ordinarias!

(**Urbano** *logra hacer entrar a los suyos y cierra con un tremendo portazo.*)

Fernando.— (*A* **Elvira** *y* **Manolín**.) ¡Vosotros, para dentro también!

Elvira.— (*Después de considerarle un momento con desprecio.*) ¡Y tú a lo tuyo, que ni para eso vales!

(*Su marido la mira violento. Ella mete a* **Manolín** *de un empujón y cierra también con un portazo.* **Fernando** *baja tembloroso la escalera, con la lentitud de un vencido. Su hijo,* **Fernando**, *le ve cruzar y desaparecer con una mirada de espanto. La escalera queda en silencio.* **Fernando, Hijo** , *oculta la cabeza entre las manos. Pausa larga.* **Carmina, Hija**, *sale con mucho sigilo de su casa y cierra la puerta sin ruido. Su cara no está menos descompuesta que la de* **Fernando.** Mira *por el hueco y después fija su vista, con ansiedad, en la esquina del «casinillo». Baja tímidamente unos peldaños, sin dejar de mirar.* **Fernando** *la siente y se asoma.*)

Fernando, Hijo.— ¡Carmina! (*Aunque esperaba su presencia, ella no puede reprimir un suspiro de susto. Se miran un momento y en seguida ella baja corriendo y se arroja en sus brazos.*) ¡Carmina!…

Carmina, Hija.— ¡Fernando! Ya ves… Ya ves que no puede ser.

Fernando, Hijo.— ¡Sí puede ser! No te dejes vencer por su sordidez. ¿Qué puede haber de común entre ellos y nosotros? ¡Nada! Ellos son viejos y torpes. No comprenden… Yo lucharé para vencer. Lucharé por ti y por mí. Pero tienes que ayudarme, Carmina. Tienes que confiar en mí y en nuestro cariño.

Carmina, Hija.— ¡No podré!

Fernando, Hijo.— Podrás. Podrás… porque yo te lo pido. Tenemos que ser más fuertes que nuestros padres. Ellos se han dejado vencer por la vida. Han pasado treinta años subiendo y bajando esta escalera… Haciéndose cada día más mezquinos y más vulgares. Pero nosotros no nos dejaremos vencer por este ambiente. ¡No! Porque nos marcharemos de aquí. Nos apoyaremos el uno en el otro. Me ayudarás a subir, a dejar para siempre esta casa miserable, estas broncas constantes, estas estrecheces. Me ayudarás, ¿verdad? Dime que sí, por favor. ¡Dímelo!

Carmina, Hija.— ¡Te necesito, Fernando! ¡No me dejes!

Fernando, Hijo. — ¡Pequeña! (*Quedan un momento abrazados. Después, él la lleva al primer escalón y la sienta junto a la pared, sentándose a su lado. Se cogen las manos y se miran arrobados.*) Carmina, voy a empezar en seguida a trabajar por

ti. ¡Tengo muchos proyectos! (**Carmina**, *la madre, sale de su casa con expresión inquieta y los divisa, entre disgustada y angustiada. Ellos no se dan cuenta.*) Saldré de aquí. Dejaré a mis padres. No los quiero. Y te salvaré a ti. Vendrás conmigo. Abandonaremos este nido de rencores y de brutalidad.

Carmina, Hija.— ¡Fernando!

(**Fernando**, *el padre, que sube la escalera, se detiene, estupefacto, al entrar en escena.*)

Fernando, Hijo.— Sí, Carmina. Aquí sólo hay brutalidad e incomprensión para nosotros. Escúchame. Si tu cariño no me falta, emprenderé muchas cosas. Primero me haré aparejador. ¡No es difícil! En unos años me haré un buen aparejador. Ganaré mucho dinero y me solicitarán todas las empresas constructoras. Para entonces ya estaremos casados… Tendremos nuestro hogar, alegre y limpio…, lejos de aquí. Pero no dejaré de estudiar por eso. ¡No, no, Carmina! Entonces me haré ingeniero. Seré el mejor ingeniero del país y tú serás mi adorada mujercita…

Carmina, Hija.— ¡Fernando! ¡Qué felicidad!… ¡Qué felicidad!

Fernando, Hijo.— ¡Carmina!

(*Se contemplan extasiados, próximos a besarse. Los padres se miran y vuelven a observarlos. Se miran de nuevo, largamente. Sus miradas, cargadas de una infinita melancolía, se cruzan sobre el hueco de la escalera sin rozar el grupo ilusionado de los hijos.*)

TELÓN



ANTONIO BUERO VALLEJO, nació en Guadalajara en 1916 y murió en Madrid en 2000. En 1933 ingresó en la Escuela de Bellas Artes de Madrid, pero su vocación pictórica fue cortada por la guerra civil de 1936-1939. Dedicado a la soledad, al pensamiento y a la lectura durante muchos años, afloró su vena dramática para bien de las letras españolas. Introvertido y de poderosa inteligencia, Buero Vallejo es un magnífico lector, alerta y profundo, a cuya curiosidad nada es ajeno. Su tema y problema es el de la desvalida criatura humana en un tiempo crítico: el hombre en busca de la libertad por caminos de conocimiento y amor. Buero Vallejo ha sabido igualar vida y pensamiento, conducta y prédica. De su lucidez y de su ejemplaridad, de su trabajo, ha surgido el teatro de más altura, tensión y trascendencia de la posguerra española. Con Historia de una escalera, hito en la recuperación teatral de España, ganó en 1949 el premio Lope de Vega. En 1972 ingresó en la Real Academia Española. En 1986 recibió el premio Cervantes y en 1996 en Nacional de las Letras, siendo la primera vez que este premio se concede a un autor exclusivamente dramático.